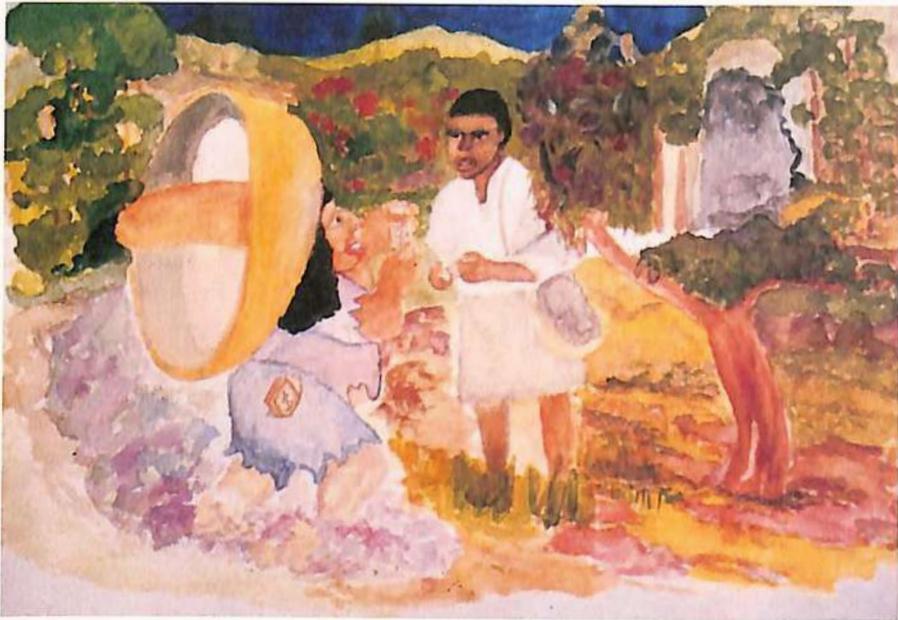


El Sombrero jSemet Pixol

Versión tzotzil y traducción castellana
Mariano López Calixto Méndez



Tradición oral y
narrativa indígenas
1



Programa de Investigaciones Multidisciplinarias
sobre Mesoamérica y el Sureste
UNAM

JSEMET PIXOL

EL SOMBRERÓN

TRADICIÓN ORAL Y
NARRATIVA INDÍGENAS 1

JSEMET PIXOL
EL SOMBRERÓN

Versión tzotzil y
traducción castellana de
Mariano López Calixto Méndez

Estudio introductorio de
Lourdes de León Pasquel

Ilustrado con acuarelas originales de
Mariano López Calixto Méndez



PROGRAMA DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS
SOBRE MESOAMÉRICA Y EL SURESTE
UNAM



UNAM

Agradecimientos

*El PROIMMSE agradece a la Dra. Lourdes de León Pasquel
su apoyo en la preparación de esta edición y
al autor su gran paciencia.*

Esta obra fue dictaminada y la edición revisada por el autor
Ilustración de portada de Mariano López Calixto Méndez

Diseño de portada de María del Carmen Aguilera González

D. R. © 2000. Universidad Nacional Autónoma de México
Programa de Investigaciones Multidisciplinarias
sobre Mesoamérica y el Sureste
Calle 28 de agosto número 11, zona Centro
San Cristobal de Las Casas, Chiapas, México
Apartado Postal 225
E-mail: proimmse@servidor.unam.mx

Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Antropológicas

Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

Tradición oral y narrativa indígenas
ISBN: 968-36-8322-3
El Sombrero
ISBN: 968-36-8155-7

ESTUDIO
INTRODUCTORIO

DETRÁS DEL TEXTO

La fuerza del tzotzil
de Maryan Lopis Calixto Mentés

La producción de un texto bilingüe como el que aquí se presenta tiene como finalidad llegar a comunidades de lectores de habla tzotzil y habla hispana. Aquellos que lean la versión castellana merecen, sin embargo, una mirada a la fuerza expresiva del tzotzil de Maryan Lopis Calixto Mentés.

Me toca darle al lector un lente para que recree algunas escenas trazadas con la pluma tzotzil: que escuche ruidos de pisadas, aves o golpes; que imagine cuerpos volcados sobre tablas de galeras; que visualice una huída en medio del miedo y la obscuridad con la luz de una luna llena como guía; que escuche los pasos de las botas del caporal, o evoque una figura siendo devorada por una cueva. Me interesa comunicarle al lector que la experiencia de oír o de leer una historia en tzotzil nos llena de imágenes que surgen del corazón de una lengua

preocupada por detalles de forma, textura, sonido, luz, cuerpo y movimiento. La fuerza expresiva de la gramática de esta lengua maya en manos de un escritor audaz y sensible se vuelve aún más poderosa.

Antes de hacer un pequeño viaje por algunas escenas del texto en tzotzil quisiera empezar con algo que no es visible en la traducción pero que es clave en su proceso de “manufactura”. El texto tzotzil de Maryan tiene alrededor de 7 000 palabras. Dentro de las palabras más frecuentes, encontré una que tiene el tercer lugar de frecuencia: una pequeña partícula, *la* (con 318 ocurrencias). Se usa para indicar que la persona que habla está reportando que alguien le contó lo que dice. Se podría traducir como “dicen”, “me contaron”. De hecho, Maryan, en su introducción indica que este cuento “se ha contado de muy diversas maneras”. Para ser justo con las diversas narraciones que ha escuchado, y siguiendo un estilo “oral” del tzotzil, Maryan usa la partícula citativa repetidamente a lo largo de todo el texto. El uso insistente de esta forma, por parte del autor, trasluce huellas de la producción de la historia, huellas de carácter oral por un lado, y huellas sobre las relaciones entre el protagonista, el narrador y el autor. Éstas nos dan evidencia del ensamblaje de un texto que tiene el sabor de las voces orales, que quedan “audibles” en la escritura. Su presencia constante en el texto nos da cuenta sobre las formas de producción de literatura en culturas que se habían mantenido orales hasta hace poco. Refleja la responsabilidad

de un autor que narra voces de diversas fuentes y las identifica como no suyas. Este uso de *la*, “dicen” también refleja decisiones del autor de a quién quiere atribuir la historia, si la asume como suya, la deja a otro o la construye como un colectivo.

Al presentar la historia, se la sitúa en el tiempo citando a otros narradores:

oy xa ya'vilal ja' to'ox la ta 1904 une

allá por el lejano año [dicen] de 1904

Al iniciar su historia, Maryan sitúa al protagonista y reporta otra fuente:

Ti jchi'iltike xch'unik lo'lael, xchapan sbaik batel, te la k'ot vayikuk ta limuxjol ja' ti mal xa'ox k'ak'al lok'ik ta Jobele.

El chamula se dejó engañar, arregló sus cosas, y con muchos compañeros emprendió el viaje y marchó durante varios días llegaron; [dicen] a descansar a Teopisca, y ahí durmieron porque salieron muy tarde de Ciudad Real. (pp. 1-1).

La profusión de *la* se encuentra a lo largo de todo el texto. Véase, por ejemplo, el siguiente párrafo, que sería difícil de presentar en castellano con la frase citativa recurrente:

Ti bu la och ta kayerae naka la jchameletik k'ot sta, te la javajtik ta ba terente' cha'ibik yik' k'abil, yik' tzo' mu la stz'ik stuil un; a li spat pat xokon vayebale oy la ep tapakulo, pere mu xkiltik.

En su galera [dicen] sólo vió enfermos [dicen] el primer día, [dicen que] tirados sobre tablas [dicen que] respirando el olor insoportable de orines y mierda; alrededor del lugar sabían que, aunque no los vieran, (dicen que) había mucho tapaculo. (pp. 2-2).

En la traducción al castellano, se eliminó esta partícula totalmente, lo que da el efecto de un texto con un narrador omnisciente, un texto sin huellas orales, alimentado, en apariencia, por la tradición literaria hispánica. El contraste es llamativo entre el texto tzotzil y el texto castellano. En tzotzil, el autor insiste en reportar a los otros también como autores. En este sentido, vemos que la noción de autor como única voz no está establecida en el texto tzotzil, lo cual revela la idea de la información como “colectiva”, procedente de diversas fuentes que nos hacen experimentar el texto como uno de muchas voces, creado por muchos. La idea de autor único, tan presente en nuestra tradición literaria, no es característica de la narrativa oral en tzotzil.

En el párrafo siguiente, sin embargo, vemos que usa la forma de cita *la*, pero también otro recurso: una palabra “direccional”, *tal*: “hacia mí”, “hacia la primera persona”,

recurso característico de las lenguas mayas. En este caso, el direccional revela al narrador como primera persona, receptora de la acción. Dice *ch-utvan talel*: “regaña hacia mí, hacia nosotros”. Aquí el direccional “delata” que la identidad del narrador y la del autor son la misma, otra huella interesante sobre la producción del texto. Véase el ejemplo:

Mu la ja'uk xlok' ti taryale. Ti kaporale jun la yo'onton chotol ta yolon te' tzbutz'ilan spuro, te ch-utvan talel ono'ox tajmek, k'alel syakel tzosilan be yok yuli' une, ko'oltik la pistol tzlokta'an ti yixtoltake.

Casi nunca [dicen] podía sacar la tarea. Bajo la sombra el caporal, [contento, dicen] sentado y mordiendo un puro, regañaba [hacia mí, hacia nosotros], siempre con insultos, mientras con el cuchillo tallaba [dicen] pistolas, horquetas y juguetitos de trozos de madera. (pp. 4-4).

Imaginamos, entonces, a este trabajador recibiendo gritos, sintiendo los regaños lanzados contra él, experimentándolos como en primera persona. Este trabajador, el protagonista, es el autor en este momento del texto, narrando su experiencia. Autor y protagonista se vuelven uno mismo en este pasaje.

En el siguiente ejemplo vemos aún más la fuerza del direccional deíctico en una escena que es muy intensa en tzotzil. El autor, al contar los dolores de su estancia en la

finca, detalla el horror de reventar el grano que deja el huevo del moyote. Dice cómo siente que el gusano o la infección regresan a él, incluso mencionando que el huevo está depositado en “nuestras cabezas” y no sólo en la cabeza del protagonista, presentado ahora en tercera persona. Aquí tenemos a la primera persona de la narración de nuevo traslaparse con el protagonista, lo que nos muestra otra huella de la producción del texto.

Ti vinike lik la snop jatavuk ja' la ti muk' bu lek sta ti yabtele toj puku'j no'oxtok li kaporale; mu stz'ik ti utilanele. Toye ep la krisanoetik ta xchamik ta tzo', ta k'ok', ta x-och ch'iuk xuvit ta j-joltik no'oxtik , ta xt'om lok'el tal ta k'un to.

El hombre [dicen] pensó en huir por haber encontrado malísimo el trabajo [dicen] y al caporal; ya no aguantaba la chinga. Mucha gente [dicen] moría de diarrea con calentura o de moyote, tenían la cabeza [nuestras cabezas] con enormes bolas de las que, al reventarlas, salían gusanos [hacia mí, hacia nosotros, a nuestra superficie]. (pp. 4-4).

La fuerza de esta imagen marcada con el direccional que indica movimiento hacia la primera persona saca a la superficie al autor como protagonista detrás del personaje principal. Es aquí que la voz de Maryan revela su propia vivencia en la finca, el dolor de una picadura infectada o la

imagen del caporal gritando, dolores que surgen de su propia experiencia. Ésta se filtra con el direccional y se encuentra con el “dicen”, revelando, otra vez, el proceso de producción del texto y las huellas orales. Las capas de narración y autoría nos dan una especie de arqueología del texto que queda disuelta en la traducción. En este sentido, una mirada al texto original nos enseña qué hay detrás del texto en español: un autor colectivo frente a un autor monolítico. Dos conceptos de “autoría” culturalmente distintos.

Pasaré ahora a impregnar al lector de algunas imágenes que resultan de la confluencia de dos fuentes: la semántica tzotzil y la escritura de Maryan. Estas imágenes las provee el tzotzil con sus raíces posicionales, clase de palabra característica de las lenguas mayas. Los posicionales son pequeñas raíces monosilábicas (consonante-vocal-consonante) con una riqueza semántica extraordinaria. Son especiales por su poder de evocar posturas, formas, sonidos, texturas. Producen metáforas sociales y afectivas que sugieren, entre muchas cosas, cansancio, dignidad, altanería, burla, vergüenza o simplemente maneras de estar. Estas raíces se pueden “vestir” de distintas formas, con afijos diversos dando significados varios sobre estados, movimiento, continuidad. Para empezar, mostraré dos imágenes que nos ofrece el narrador al presentarnos la infernal galera donde duermen los trabajadores.

te la javajtik ta ba terente' cha'ibik yik' k'abil yik' tzo'

En su galera sólo vió enfermos el primer día, tirados sobre tablas respirando el olor insoportable de orines y mierda (pp. 2-2).

En este ejemplo el autor usa el posicional *javajtik*, que literalmente quiere decir “acostados boca arriba”, pero que también evoca “debilidad”, “estar tirado”, “botado” con las extremidades sueltas, abiertas, sin protección. Sugiere, de forma intensa, el cansancio y la falta de voluntad de los hombres, siendo aquí, además, víctimas de los olores pestilentes del cuarto.

Sigue otro ejemplo relacionado, también ubicado en el cuarto, en donde se usa otro posicional: *bitzil*, “estar tirado de forma alargada”, “sin fuerza”. Maryan lo describe como “está tirado a punto de morir, casi desmayado”. Se refiere al hombre mismo en su miseria y tristeza.

*Ti vinike, och ta at o'onton, te bitzil ta sba terente' te stzoptzun
spoch'al mi ja'uk la x-ak'e vayuk.*

Al hombre le llegó la tristeza, tirado sobre las tablas llenas de chinches que nunca dejaban dormir. (pp. 3-3).

Estos dos posicionales traducidos de forma muy general a “tirado”, “arrojado” evocan dos posturas corporales distintas, una boca arriba, la otra de forma alargada y desfallecida,

dibujan cuerpos expresivos no sólo físicamente sino emocionalmente. Dibujan dolor, decaimiento, debilidad.

En otro pasaje el autor escoge otro posicional para retratar la imagen del desfallecimiento, cuando el hombre sale de la finca. Aquí se trata de una escena de desplazamiento describiendo el paso en la salida. Se evoca, de nuevo, otra postura corporal con el posicional *kik*, “recargarse, reclinarse”. Este dibujo, acompañado de movimiento, traza el paso tambaleante de un cuerpo cerca del desmayo, las imágenes de los tragos de saliva (*bik*, “tragar”) y del estómago encogido como si fuera apretado por una mano (posicional *mich*, “hacer puño”), de nuevo se plasma otra escena poderosa.

*Ti vinike te xkiklaj ech'el ta vi'nal, te xbik'bun ti stube,
xmich'mun ech'el xch'ut, stoy la ech'el sat ti k'usi stak' slajese.*

El hombre continuó su paso desfallecido por el hambre, la boca llena de saliva y el estómago vacío, alzaba la vista buscando algo que llevarse a la boca. (pp. 14-14 y ss).

Otros ejemplos de la fuerza semántica de los posicionales son:

*Ti tzue chk'opoj xa la ya'el k'alal ta snojese; laj, ti vinike te
xpech'pun o ta xanobal.*

El tecomate como que hablaba mientras se llenaba; después, el hombre caminó horas y horas. (pp. 10-10).

El posicional *pech'pun* (con el sufijo *-pun*) sugiere desplazamiento de algo amarrado. Aquí se trata de la carga sobre la espalda fuera de control por el peso y el paso cansado. La traducción sólo dice “caminó horas y horas”, dejando de lado la idea de la carga pesada y la postura agachada en el arduo caminar.

Varias sonoridades aparecen en diferentes partes de la historia inyectándola de realismo.

Ti kaporale sob no'ox la chlik tijvanuj, xpujpun ono'ox k'otel ta jujun vayebal.

Muy de mañana el caporal tocaba el cacho e iba de galera en galera, golpeando tablas y gritando: “órale, güevones, aquí no vienen para dormir; levántense cabrones”. (pp. 3-3).

En esta forma derivada la raíz *puj* significa la producción de un sonido, patadas al caminar, golpes continuos con las manos. Nos deja imaginar a los trabajadores durmiendo y, de súbito, escuchando los pasos fuertes del caporal, los golpes de tabla en tabla y los gritos ofensivos para levantarlos.

Otro sonido que ayuda a recrear la escena del dormitorio es el rechinar de la máquina tortilladora con la raíz *jax*, que indica el resollar con rapidez.

A ti yane ta snaxil ak'obal chk'otik, teye ta oxib no'ox la ora ik'lumantik xjaxjun la xka'itik smakinail ti vaj ta spasike.

Por la noche llegaron los demás, en la oscuridad sólo se escuchaba el rechinado de una tortilladora que el cocinero ocupaba constantemente desde las tres de la mañana. (pp. 2-2).

Mientras las imágenes de posturas y los sonidos diseñan escenas otros recursos del tzotzil las ponen en movimiento como fotografías que empiezan a adquirir vida en un trayecto. Esto se logra con los llamados direccionales que se originan en verbos de movimiento. Los encontramos en muchas partes de la historia, pero son especialmente ricos en las escenas que siguen a la huída de la finca en donde el narrador está enfocado en movimiento y trayectoria hacia un nuevo punto. En el siguiente párrafo ilustra cómo se combinan y qué efectos estilísticos tienen. Mientras en tzotzil resultan necesarias, en español recargan el texto y lo hacen torpe o redundante. Sin embargo, muestran el elemento de movimiento, de desplazamiento, el dejar atrás un referente para dirigirse a otro. Esta escena es muy importante pues en ella está la transición de la galera, del encerramiento y opresión de la finca hacia afuera, otro entorno donde el hombre de la historia busca liberarse. La salida, los pasos, el camino, la oscuridad, la luz de la luna se concatenan en escenas ligadas como las de una película.

Skuch la lok'el spop, slap la spixol sjelbun batel smoral lok' ech'el ta pana, ik' la tajmek ti osile, toj xi'el un. Ch'abal la jutebuk sk'ok' sk'el o ech'el sbe. K'ajom no'ox la sakilal jch'ulme'tik sk'el o ti bee.

Cargó [hacia afuera] el petate, se puso el sombrero [yéndose] y con un morral al hombro se lanzó hacia afuera [hacia allá], asustado, a la inmensa oscuridad, tan peligrosa. No llevaba con qué iluminar [hacia allá] el camino. Sólo la clara luna acompañaba sus pasos en el sendero. (pp. 6-6).

A esta escena le sigue otra, de nuevo inyectada de movimiento. El contraste lo dan *komel*, “quedándose” con *ech'el* “hacia allá”, “fuera del hablante”. La finca queda y él se va alejando. Aquí Maryan me comenta que “es como el zoom de una cámara” que se acerca y aleja, reforzando el aspecto visual y de movimiento que dan sus recursos lingüísticos.

Ja' la jech te namaj o komel ti pinkae, te la xchikin ech'el ta be k'un k'un stek'an ech'el yok ti yo' mu x-a'iate. Mu to teuk ora xlaj ti vinike. Ta k'un k'un namaj ech'el, yo' to la k'uxi k'ot ta slajeb xa svitzal pinka une, ja' to la te k'ot skux ta yolon jun mutut te', te xa la sakub yu'un ti banamile.

Iba atento alejándose [dejando] de la finca, evitando que el vigilante lo percibiera [yéndose hacia allá] en el cami-

no, y pasito a pasito, cuidándose [pisando hacia allá] de no hacer ruido. Pero era un hombre afortunado. Fue adelantando el paso poco a poco [hacia allá] hasta alcanzar el último cerro de la finca, allí descansó escondido bajo un matapalo; comenzaba la madrugada. (pp. 8-8).

Podríamos continuar explorando escenas, quizá con las aquí comentadas el lector pueda tener otro sabor de su lectura en castellano. Los dibujos de Maryan contribuyen también a esta mirada con los ojos del autor y del tzotzil.

Para concluir, cambiaré de ángulo mostrándole al lector varias palabras de origen castellano que se han simbiotizado con el tzotzil y que son muestras vivas de entrecruzamientos culturales interesantes originados en la experiencia laboral en la finca. Sobra mencionar finca, *pinka*, y “caporal”, *kaporal*. Entre otras están términos relacionados con “dinero”, “paga”. *Kovre* se refiere a dos posibles tipos de moneda, un céntimo de duro, una moneda de cobre en tiempos posteriores a la colonia y, quizá, la moneda de cobre de 20 centavos de hace medio siglo. El *meryo* es otra moneda colonial (medio duro) que, dice Maryan, usan algunos chamulas en lugar de *tak'in* (“metal”, “dinero”) para “disimular” ante posibles escuchas que se trae consigo la paga. El derogativo *kavron* que brota de boca del caporal también contribuye a redondear a este personaje, también de nombre castizo. *Palta* (“falta”) inserta valores culturales leídos como deficiencias o problemas o hasta

transgresiones de una moralidad no tzotzil. Este término se oye en rezos, junto con *pertonal*, “perdón”.

Como vemos, el texto es historia, transculturación, encuentro de voces. Es un diario de viaje de muchos autores, es una colección de capas de espacios y tiempos. Es también la lengua tzotzil vital, vibrante y expresiva, el tzotzil de Maryan Lopis Calixto Mentés. Mucho le agradezco a mi compadre Maryan haber compartido este viaje conmigo, y que me contara sus sueños con El Sombrerón convertido en computadora, en los días finales de la producción de este texto.

Lourdes de León Pasquel
San Cristóbal de las Casas,
Chiapas, verano de 2000

PRESENTACIÓN

Un viejo de nuestro pueblo, el primer trabajador chamula que sirvió en la finca La Esperanza, zona del Soconusco, dejó para la tradición oral el cuento “El Sombrerón” (*¡Semet Pixol*, el que usa sombrero en forma de comal) mismo que se desarrolló en la Sierra Madre de Chiapas, allá por el lejano 1904, cuando los alemanes establecieron sus fincas cafetaleras y buscaron el trabajo de indios de los Altos de Chiapas para explotarlos en la siembra del café, las limpias, el deshije y las podas de las plantas, así como para limpiar y talar grandes árboles de la selva. Años en que los indios era contratados como peones por los enganchadores de San Cristóbal de Las Casas que, a través de engaños y abusos, reunían cientos de manos tzotziles para trabajar en los cafetales del Soconusco. También indígenas guatemaltecos prestaron sus servicios y fueron explotados igual por los finqueros alemanes, que ofrecían pagar a los tzotziles, que entonces diariamente ganaban en la antigua Ciudad Real nueve centavos, un salario de veinte a veinticinco

centavos al día, sueldo demasiado atractivo y motivo suficiente para que el indígena, atraído por el dinero y un alojamiento seguro, se animara a abandonar su paraje con la esperanza de lograr un bienestar e iniciara la travesía por caminos inhóspitos de la Sierra Madre.

Pero en esta versión se narra todo lo contrario a los sueños de alcanzar mejores condiciones de vida. Aquí se relatan todos los percances sucedidos al lado del temido Sombrerón y los sufrimientos del primer trabajador chamula que se atrevió a huir de una finca del Soconusco.

JSEMET PIXOL
EL SOMBRERÓN

Versión tzotzil y
traducción castellana

JSEMET PIXOL

A ti j-ak' tak'in li' ta Jobele mol jRamon xalbik, mi ak'batik oxibuk pexu yu'un yajval snaik ti viniketike jun xa yo'ontonik chbatik ta pinka. Ti pinka Esperanza chalik une toj lek la, xi jnop la tajmek ta abtel, buxul no'ox la ma' ti vorxail ta tak'in chijsut talel une. Ti jchi'iltike xch'unik lo'lael, xchapan sbaik batel, ech'ik ta jujun lum, te la k'ot vayikuk ta limuxjol ja' ti toy xa'ox k'ak'al lok'ik ta Jobele. Laj, mas xa la sob stambik xanobal ta yok'omal une, ja' to la ep xanavik, staik to la ti okotzal vo vo'e, yo' to la k'uxi k'otik k'alal Komitan, te vayik no'oxtok, ti xanobale mu'yuk spajeb, te xvayetik ech'el ti bu xu' xvayike, ti k'ak'ale yich' xa ep pere mu bak'in xk'otik, staik bu xch'ak sba sbelel Vatemalae, te vayik no'ox la xtok, ti

EL SOMBRERÓN

En la Ciudad Real don Ramón lo engañó, con tres pesos contentó a la mujer y se llevó al hombre al Soconusco. Decía que La Esperanza era preciosa, agradable para trabajar y regresaría de ahí hinchado en dinero. El chamula se dejó engañar, arregló sus cosas, y con muchos compañeros emprendió el viaje y marchó durante varios días; llegaron a descansar a Teopisca, y ahí durmieron, porque salieron muy tarde de Ciudad Real. Al día siguiente tomaron su camino muy temprano, entonces avanzaron bastante, pasaron por el lago de Lagartos y hasta Comitán durmieron de nuevo, "el viaje es muy largo ya llevo bastantes días y no llegan". Alcanzaron el desvío a Guatemala, ahí durmieron, la fatiga

lubele toj mas la. Ti viniketik ep buch'u chljajik ta be yu'un jmakbe, batik la tajmek mal xa la k'ak'al k'otik ta Motozintla slajeb te chbayik ti jxanobaletike, pere naka xa teik ta lubel, mu xa la stak' xok'iik xu' la ya'el ch-avanik k'alal tztza'anike, ta yok'omale sob xa la k'otik ta pinka Esperanza une. Ik' kujan la xyaxal ti yijil mol te'etik ti bu ochik la ech'ele, naka abnaltik, jotik o la smutaltak chlaj ok'anuk, ti pok'oke, ti bolome, ti batz'e, naka la ja' xkujlajan xka'itik, ti makina ta pinkae ta nom la xvinaj x-i'et la xvinaj ta nom.

Ti bu la och ta kayerae naka la jchameletik k'ot sta, te la javajtik ta ba terente' cha'ibik yik' k'abil, yik' tzo' mu la stz'ik stuil un; a li spat pat xokon vayebale oy la ep tapakulo, pere mu xkiltik. Jech o xi'emik mu la sk'anik nom xch'ay sbaike. A ti yane ta snaxil ak'obal chk'otik, teye ta oxib no'ox la ora ik'lumantik xjajjun la xka'itik smakinail ti vaj ta spasike. Ti vinike, och ta at o'onton, te bitzil ta sba

era muy dura y muchos morían al encontrarse asaltantes en el camino. Continuaron hasta Motozintla, el cansancio los tiraba y sentíanse morir, ya no podían apoyarse ni para hacer sus necesidades sin gritar. Al día siguiente llegaron temprano a la Esperanza. Inmensos árboles lo recibieron, el verde profundo de la selva lleno del canto desconocido de animales escondidos en la maleza; ranas, tigres y sara-guatos de los que sólo los rugidos oía y a lo lejos el mugido de las enormes máquinas de la finca.

En su galera sólo vió enfermos el primer día, tirados sobre tablas respirando el olor insoportable de orines y mierda; alrededor del lugar sabían que, aunque no los vieran, había mucho tapaculo. Le tenían miedo y por eso ahí mismo donde dormían hacían. Por la noche llegaron los demás, en la oscuridad sólo se escuchaba el rechinado de una tortilladora que el cocinero ocupaba constantemente desde las tres de la mañana. Al

terente' te stzoptzun spoch'al mi ja'uk la x-ak'e vayuk. Ti kaporale sob no'ox la chlik tijvanuj, xpupjun ono'ox k'otel ta jujun vayebal: "sobanikme, jch'ajil chak, li'e mu vayeluk tal apasik; likanikme kavron". Mi o buch'u mu xlike ta x-ak'batik pat machita, yu'un xjajet no'ox kajvaltik chak' jkot mol ka'.

Ti vinike ja' to la te k'ot spas reva yuch' ti kajvele, naka sk'a' pat, x-eletet la ta xepual makina, ja' ti naka la yavil kas ochemik ta sbinal ve'lile. A li ta chenek' lae, ep la ochemik nene'al pok'ok' tok'onik xa xchi'uk yan chonetik, toj ech' no'ox la chopol laj yil. Ti bek'et ch-ak'batik ta jujun melkulixe tu xa la, ochem xa la xuvital, a ti chalik ti j-abteletike oy xa me yarosal ti ve'lile, xiik xa la.

Ta slikeb yabtele yich' la ep svokol, mu la a'yobaj bu oy. Ch'ayem la sjol k'ajom la sk'eloy ech'el ti muk'ta vitze, xtok'et la xch'ailal xvinaj li Takana chalbik une. A li teye oy

hombre le llegó la tristeza, tirado sobre las tablas llenas de chinches que nunca dejaban dormir. Muy de mañana el caporal tocaba el cacho e iba de galera en galera, golpeando tablas y gritando: "órale, güevones, aquí no vienen para dormir; levántense cabrones." A los que no se apuraban los golpeaba, en donde les cayera, con la hoja del machete, arreándolos como bestias. El hombre tomó su primer trago de café, hecho de pura cáscara del grano y con grasa de máquina pues lo preparaban en calderas hechas con tambos de petróleo. Los frijoles tenían pequeñas ranas cocidas e insectos, estaban sucios como nunca había visto. La carne de los miércoles apestaba y estaba agusanada; los trabajadores decían que ya traía su sopa de arroz.

El primer día de labor sufrió mucho, estaba desorientado. Perdido en el fondo de la espesura veía el Tacaná, humeando. Le asustaban las arrieras y las serpientes que encontraba

k'is, mokoch, xotatij ono'ox la ta yolon kajvetaltik, te la xi'o. Ja' to la cha'i ti vinike li kaporale ta jbej to la vitz x-avet xchi'uk skachu, yu'un ja' to te bat sk'an surko. A taj une mu la buch'u sk'an xbatik, toj chukultik la mu stak' abtelanel toyol tzajal om, jinic', ch'ikil ti bu xa mas chopol te ta pinka une. Toj k'ux la li k'ak'ale mu la stz'ik, t'uxul sk'u' ta xchik'. Toj mas li jol kamaron momole, ta x-ochanuk ta sk'ob, ta sat. Mu la ja'uk xlok' ti taryale. Ti kaporale jun la yo'onton chotol ta yolon te' tzbutz'ilan spuro, te ch-utvan talel ono'ox tajmek, k'alel syakel tzjosilan be yok yulik une, ko'oltik la pistol tzlokta'an ti yixtoltake.

Ti vinike lik la snop jatavuk ja' la ti muk' bu lek sta ti yabtele toj puku'j no'oxtok li kaporale; mu stz'ik ti utilanele. Toye ep la krisanoetik ta xchamik ta tzo', ta k'ok', ta x-och ch'iuk xuvit ta j-joltik, ta xt'om lok'el tal ta k'un to. A ti yane net'ajtik chljanuk ta muk'tik te'etik ti bu tzlomesik ta

enroscadas bajos las matas de café. El caporal tocó su cacho y el chamula fue a alcanzarlo en otro cerro para pedir su surco. Nadie quería ir a donde lo enviaron, los árboles dificultaban la labor y había más arañas, hormigas y chaquistes que en ningún otro sitio de la finca. El calor era insoportable y el sudor empapaba sus ropas. Las cabezas de camarón le hirieron los brazos y la cara. Casi nunca podía sacar la tarea. Bajo la sombra el caporal, sentado y mordiendo un puro, regañaba, siempre con insultos, mientras con el cuchillo tallaba pistolas, horquetas y juguetitos de trozos de madera.

El hombre pensó en huir por haber encontrado malísimo el trabajo y al caporal; ya no aguantaba la chinga. Mucha gente moría de diarrea con calentura o de moyote, tenían la cabeza con enormes bolas de las que salían, al reventarlas, gusanos. Algunos morían aplastados bajo enormes árboles que tumbaban en las montañas y era tanto el sufrimiento que conven-

abnaltike toj ep tajmek chil svokolik te une. “Chi bat ma’ li’e. Mu xu’ ku’un ma’ li yelanil abtele, mu la-jebal chkil. Toyol chak’ vo’. Ta k’ak’altike ta sti’un ch’ikil, ta ak’obaltike bitom, poch’. Ta abtelaltike xi’el xak’bun li chonetike. Mi yak’ vo’e, yan s-elanyl stz’ujulal chi t’uxij; li jk’u’e ta x-ik’ub ta ach’el, mi ja’uk o bu chlok’ li taryal chi-yak’be li kaporale. Mi mu li bate... li’ ne’t’el chij laj ta muk’tik te’ ta jlomeskutike. K’ajom uni jtob kovre ta k’ak’al chi stojik, yantik xtoy kil li’ ta syenta ajvalile; ¿k’u to ora ta xtoj li kile? Ja’ lek ta jbal lok’el jpop chibat ta jyalel ma’ li’e”, xi la.

Ta jun rominko bat la atinuk ta uk’um te sk’el o komel bu xu’ xlok’ ech’el. Sa’ la jun yakte’, xch’ul la lek jun spuya’, toj bij la ti vinike. Yak’ la lek sat k’uxi xu’ xjatav lok’el k’alal sta yorail chjatav une, ja’ ti yantik jujun k’ak’al chbatanuk ti j-abteletik ta pinka une.

cido pensaba: “Me largo de aquí. No aguanto este miserable trabajo, es un infierno. Llueve mucho. En el día me pican los chaquistes, en la noche las pulgas y chinches. En los días de trabajo me dan miedo las víboras. Luego las lluvias y sus aguas depositadas sobre las hojas me mojan; mis ropas se ensucian con lodo; no saco la tarea que me da el caporal. Si no me voy... aquí me muero aplastado por los árboles que tumbamos. Sólo me pagan 20 centavos al día y ya debo mucho en la tienda de raya, ¿cuándo voy a pagar la deuda? Mejor enrolló mi petate y me largo”.

Un domingo se fue a bañar al río y buscó el camino por dónde salir de la finca. Buscó un xawastle y con la hoja de un cuchillo hizo una lanza, muy listo era el hombre. Antes que nada pensaba por dónde podía tomar camino a la hora de huir, ya que la gente se alejaba uno a uno de la finca.

Ti jchi'iltike sbal lok'el spop, spak la sk'u'lal chij, sk'ej yavil skajve, smachita, smoy, sjuxton, stzu, stik' ech'el jbej yuni uch'omo', juteb syijil svayem-ot, jtuch' stakibek'et ti ak'bat ta melkulixe. Ti yajval pinkae lik yak' sat ti yantik la xyoch ech'el ti yaj abteltake, mu la k'usi stak ech'el yaj k'elvaney ta be, bat svelan sbaik bu x-ech' bik'tal bee, tzmakik ta be ti j-abteletike. Mi ilvanike, chmakvanik sutel ta xtik'vanik ta chukel yo' to k'uxi xtoj li yilike. Pere ti vinike spatoy la yo'onton mi xkuch mi mu xkuch yu'un.

—Chibat o ma' li'e—, xi la.

Skuch la lok'el spop, slap la spixol sjelbun batel smoral lok' ech'el ta pana, ik' la tajmek ti osile, toj xi'el un. Ch'abal la jutebuk sk'ok' sk'el o ech'el sbe. K'ajom no'ox la sakilal jch'ulme'tik sk'el o ti bee.

El chamula arregló su petate, dobló su cobija, su caldera para el café, su machete, el moy, su piedra de afilar, un tomatillo, una bola de masa de maíz para el pozol, unas cuantas tortillas tiesas y un pedacito de tasajo que recibió el viernes. El finquero, conocedor de que muchos trabajadores se iban, mandó vigilantes para controlar los senderos y cuidar a los peones. Si los descubrían, los agarraban y metían a la cárcel hasta que pagaran su deuda. Pero el hombre estaba dispuesto a vivir o a morir.

—Adiós para siempre—, dijo.

Cargó el petate, se puso el sombrero y con un morral al hombro se lanzó hacia afuera, asustado, a la inmensa oscuridad tan peligrosa. No llevaba con qué iluminar el camino. Sólo el resplandor de la luna acompañaba sus pasos en el sendero.



Ja' la jech te namaj o komel ti pinkae, te la xchikin ech'el ta be k'un k'un stek'an ech'el yok ti yo' mu x-a'iate. Mu to teuk ora xlaj ti vinike. Ta k'un k'un namaj ech'el, yo' to la k'uxi k'ot ta slajeb xa svitzal pinka une, ja' to la te k'ot skux ta yolon jun mutut te', te xa la sakub yu'un ti banamile. Ja' to la cha'i na'tik la k'usi ta x-avan. Chnopaj chnamaj la ye ti k'alal mu to'ox ta sakube, ta k'al uk'umaltike te la xka'itik ti mutal bolome xújlajan no'ox la ta abnaltik:

—¡Juupaaa...! ¡Juupaaa...!—, xi la.

—¡Yos kajval! ¿K'usi xa no'ox ta x-avan ta ba vitz taj une? Mi j-Ik'al o mi jNatikil jol? Ja' lek ta jtzan jk'ok' li'e. Mi mo'oje ta sti'un ti k'usi ta x-avan ta abnaltike.

Ti vinike, solel luben, xi'em, te stzob juteb yuni si', stzoy sk'ok' te sakub yu'un; svo la ti yote, ti juteb sbek'et une, te xt'et'un ta xi'el sve' yot. Lek no'ox la jlikel no'oxtok un, lik no'ox la avanuk xtok.

—¡Juupaa...! ¡Juupaaa...!

Iba atento alejándose de la finca, evitando que el vigilante lo percibiera en el camino, y pasito a pasito, cuidándose de no hacer ruido. Pero era un hombre afortunado. Fue adelantando el paso poco a poco hasta alcanzar el último cerro de la finca, allí descansó escondido bajo un matapalo; comenzaba la madrugada. De repente, escuchó un grito raro, que se acercaba y alejaba en la oscuridad, rebotaba en las cañadas mojándose en el río y remontaba los cerros entre el ulular del pájaro tigre:

—¡Eeepaaa...! ¡Eeepaaa...!

—Dios mío! ¿Quién estará gritando en la cima? ¿Será El Negrito o el Cabello Largo? Mejor hago mi lumbre por acá, si no me va a acabar el que está gritando en las montañas. El hombre, cansado y temeroso, juntó un poquito de leña, prendió fuego y allí permaneció; calentó su tortilla y un pedacito de tasajo que comió temblando. Un momento después, volvió a escuchar el extraño grito.

—¡Eeepaaa...! ¡Eeepaaa...!

—Jch'ul tot ta vinajel! Yak' me tana ti bolom une, mi max van o mi leon van. ¡Ay!, mu sakub tajmek, veno lunex xa li'e; ti ono'ox la k'u cha'al lek yorail tana e. Ta jmala xa ka'tik sakubuk jlikeluk.

Sakub osil, mu la k'usi snuptan ti ta ak'obale, lek la oy. Ti bu sakub yu'une ta yolon la jun muk'ta mutut te', te la xvochochet ch-ok'anuk ti k'uk' mute, ti tuch'ich'e. Mu k'usi te ta k'al uk'umaltike te la sta ta ilel yav okal. Ti vinike sk'anbe la stzatzal yo'onton ta jch'ultotik ta vinajel, te la yak'be yipal ti xanobal ta vitzvitzaltike. Mu xa la nomuk bat ja' to la cha'i xchajet la te chyal yok ta ch'en jun muk'ta uk'um, lek lek la sba xkiltik svaknobalil k'alal sliset ti vo' ta ba tone. Ja' to la chil te la xlamet uni yav varachil ta uni yi'altik; uni bik'itik la: “¡Kere! ¿Mi olol van ech' li'e? Mu jch'un, li'e ch'abal jnaklej nopol, na'tik k'usi ono'ox. ¡Iii!..., ta jch'ol jutebuk ka'al sventa be.” Smul ochel ti stzu ta vo'e, xtinet la uni nene'al choyetik, stak' xa la tzakel yilel, pere je' no'ox chlo'lavan, ta xjatavik. Ti tzu'e

—¡Santo cielo! Me va acabar el tigre, el mono o un león. ¡Ah!, cómo tarda la madrugada, ya es día lunes; a lo mejor trae buena suerte. Voy a esperar otro rato hasta que amanezca bien.

Amaneció, estaba a salvo del peligro de la noche y se encontraba bien. En fondo de la cañada donde estaba iba quebrando hojas secas con su paso; el matapalo bajo el que se escondió era inmenso, lleno de trinos de guacamayos y jilgueros. El hombre recobró algo de fuerzas rezando al sol y continuó su camino en las montañas. A poca distancia encontró un río grande con alegres cascadas, con destellos de arco iris y deslizándose sobre las piedras. Ahí vio extrañas huellas de huaraches en las arenas finas del suelo; eran pequeñas: “¡Vaya! ¿Será que un niño pasó por aquí? No puede ser, por acá no vive gente cerca, quién sabe qué cosa sea. ¡Ah!..., voy a llevar agua para el camino.” Metió su tecomate al agua llena de pececillos que lo burlaban, escapándose.

chk'opoj xa la ya'el k'alal ta snojese; laj, ti vinike te xpech'pun o ta xanobal. Bat tajmek stam ech'el naka xa la chajalaltik sta ti banamile. Ja' to la chil ta nome sta la ta ilel ka'etik, te la xjik'lajetik ta taki ti'il ta vi'nal, chukajtik ta jun chumante'.

A li tey une, ja' la te yavil bu chk'ot yak' epal kajve ti j-alimane, k'us to ja' o muk'bu xk'ot un.

Ti vinike, ja'ch'al la k'oot ye ti abol sba yil ti ka'etike, bakin xa la, ja' ti jal xa te chukajtike ta'ox la xbat sjitun. Ja' to la cha'i, oy la k'usi, te muk' snuk' ta x-aptavan:

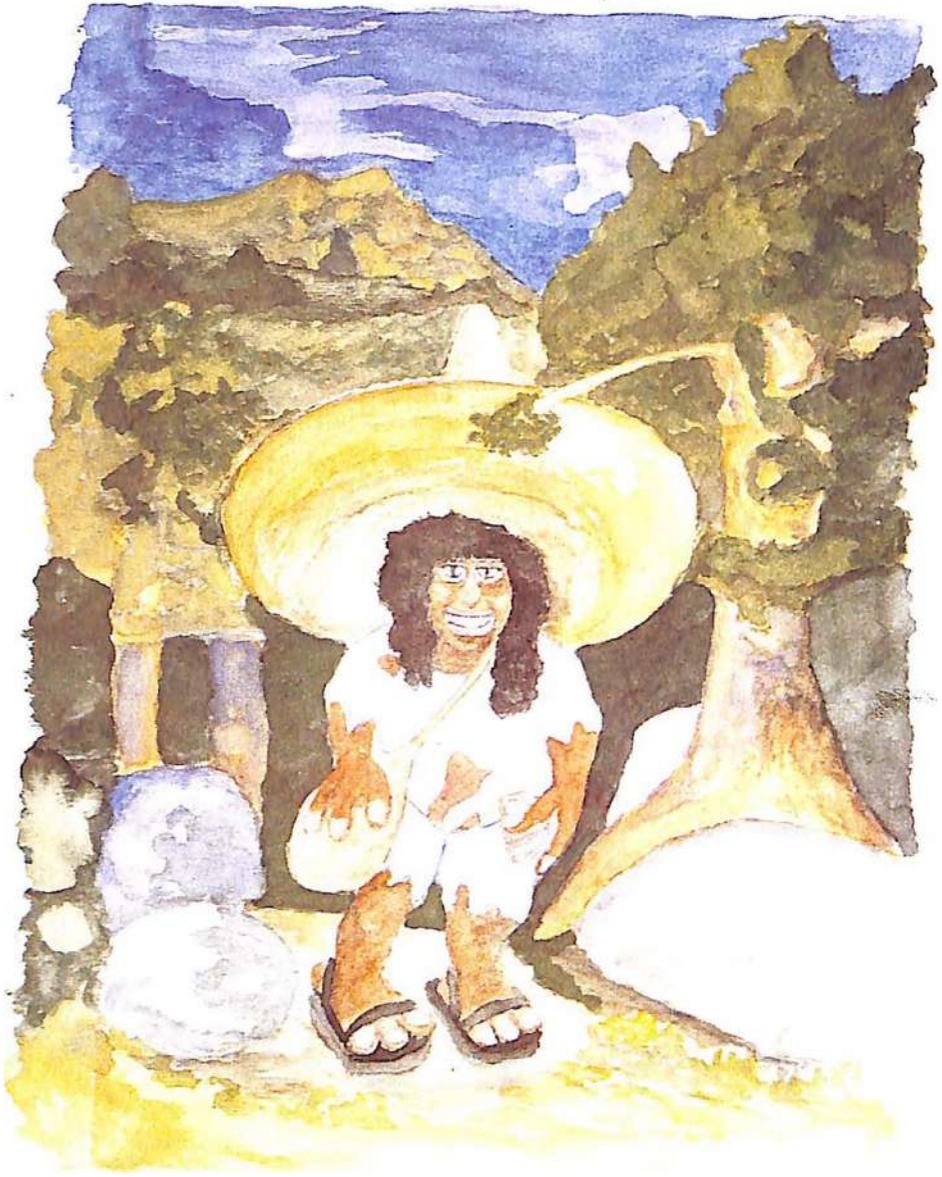
—¡Kerem! ¡ch'an uto li ka'e, mu xa pik! ¡Tey chamikuk! ¡Je, je, je...! Li' ta jmalabe yajvale...¡Je, je, je,...! Ak'o tal smak, oy xa yo'obal k'ak'al jmala muk'bu xtal o. Li yajval ka'e oy ep yil ku'un. Ti k'usi liyalbee, muk'bu chk'ot ta pasel yu'un, jech o li ka'etike ja' xa ta stojbe yil.

Ti vinike xchexluj to la ta xi'el k'ot k'alal sta ta ilel ti k'usi ta xk'oponvane.

El tecomate como que hablaba mientras se llenaba; después, el hombre siguió caminando sin parar con su carga encima, horas y horas. Empezó a recorrer un descampado con pocos árboles. A lo lejos vió unos caballos, que relinchaban de hambre y sed, amarrados a un tronco. En ese lugar el alemán dejaba muchos bultos con café, pero esa vez no estaba allí.

Él se sorprendió por lo que sufrían los caballos, los animales ya estaban flacos por el tiempo que llevaban amarrados y el hombre quiso desatarlos. De repente, como de la nada, una voz ronca le gritó:

—¡Muchacho! ¡deja esos caballos, no los toques! ¡Que se mueran allí! Je, je, je...! Estoy esperando al dueño... ¡je, je, je...! Que venga a recogerlos, ya llevo cinco días y no ha venido. Su dueño me debe mucho. Lo que me ha prometido no lo ha cumplido, por eso a los animales les cobraré lo que me debe. El hombre se sobresaltaba de susto al ver a ese extraño que le hablaba.



—¡Ay! ¡Ay! ¡Mu k'usi, kaporal! ¡Yu'un ta jsa' vo' kuch'! ¡Yu'un ta jsa' vo' kuch', ta xtakij k'onton, ja' to tzutz li kabtele!

—¡Je, je, je, mo'kun kaporalun, kerem! Mu xa jut k'op. Xi la talel te la tzakolanbat sk'ob, xk'elvan la muyel un: “¿Mi mu vo'otokot la jatav lok'el samel ta pinka Esperanzae cha'e, laj kilot ti la vich'be lok'el smukulil li kaporale! Li vo'one mu k'u xu' xa jutbun k'op, je, je, je; lajkilot la ech' ta yut abnaltike, la jkaptaj muk'bu la tak'bun.”

—¡Ay! ¡Sinyor! ¡Ak'un ta pertonal! buch'unot ya'el ¿li vo'ote cha'e?.

—¡Ja, ja, ja, ja...! Kerem! vo'on jSemet Pixolun. Li vo'ote, ¿k'usi chapas li'e?

—¡Mu k'usi...mu k'usi, sinyor... jSe... met... Pixool, ak'un ta pertonal! —jeche' xa la xmaklajet chk'opoj. Jech ta melez, jatavil li lok' talel ta Esperanzae, yu'un muk' xu' ku'un abtel toj tzotz. Ep jchi'iltak te chlaja nuk ta muk'tik te'etik k'alal ta jlomeskutike yu'un ja' jech yich'oj mantal yu'un

—¡Ay! ¡Ay! ¡No, no señor caporal! ¡Estoy buscando agua! ¡Estoy buscando agua para tomar, tengo mucha sed, hace rato saqué mi tarea!

—¡Je, je, je, no soy caporal, muchacho! Pero no seas mentiroso. Burlón lo tomó del brazo, lo zangoloteó tantito, y mirándolo desde abajo, le dijo: “¿Qué no fuiste tú quien salió huyendo anoche de La Esperanza, escondiéndote del caporal? Pero a mí no puedes mentirme, engañarme, je, je, je; te ví pasar en las montañas, te grité y no me hiciste caso.”

—¡Ay! ¡Señor! ¡Perdóneme! Usted, ¿quién es?

—¡Ja, ja, ja, ja...! Muchacho, soy El Sombrerón. Y tú, ¿qué haces aquí?

—¡Pues... pues... nada, señor... Som... bre... rón, perdóneme!—, tartamudeaba. Sí, es la verdad, vengo huyendo de La Esperanza, es que no soporté el trabajo tan duro. Muchos de mis paisanos mueren aplastados por los grandes árboles que nos obliga a talar el caporal por orden del alemán, el dueño de la

j-aliman li kaporale, ti yajval pinkae. Li'e toj abol jba, oy xa yo'obal xemuna ti kabtele yilel mu xi stoj; ti chalike ja' to la mi kuch ku'un ti abtel oxlajuneb xemunae. Li'e mu k'usi jman o jlajes, jna' xi ve' ta sob, ta xmal ta ak'obal, snich'onun ryox, mu xa milun, koltaun ech'el.

—¡Mmm, je, je, je...! ¡Kerem mu xa xi', mu k'usi cha jpasbe, karajo! jna'oj ti oy avokole, ti yu'un ave'el cha sa'e, jech o ti oyot ta ko'ontone.

—Jec un bi, yu'un oy ti jvokole, mu k'usi jbalin. Ta xi cham ta lubel, yu'un ta jk'an chibat ta jna. Lek la me kaloj ti pinkae. Ti chalike lek la pas kanal tey une, pere jech no'ox tzjutik. Ja' ta smulik ti jatavil chibat k'alal jnae, yu'un xa oy ep kil yu'un ti j-alimane. Ti k'u yepal ti kuni tojole, muk'bu jk'an tal; mi jutebuk jtak'in k'u jmankutik o xchi'uk ti yajval jnae ti jnich'nabe.

—¡Ay!, utz'uba. ¿K'u cha'al xa no'ox li' la tal une? A li banamil li'e ja' ku'un, mu stak' xa talik li'e. Venó mu k'usi batan. Mi xa k'ane xa malaun ok'om le' toe, li bu ta jech vitze, te chik'ot

finca. Ahora ando bien jodido, ya llevo cinco semanas de chamba y no me han pagado; dicen que pagarán hasta que termine el contrato de trece semanas. Ahorita no tengo nada qué gastar, yo sé comer por la mañana, por la tarde y por la noche, soy hijo de Dios, no me mate, déjeme ir.

—¡Mmm, je, je, je...! ¡Muchacho no te espantes, no te voy a dañar nada, carajo! Ya sé que estabas sufriendo y que sólo hacías una comida, por eso me confío a tí.

—Sí, estoy sufriendo sin ningún aprovechamiento. Ya me estoy muriendo de cansancio y quiero llegar a mi casa. Pensé que era buena la finca. Muchos dicen que se gana buena paga, pero pura mentira. Ahora regreso huyendo hasta mi tierra, porque ya debo mucho al alemán. De lo poco que gané no cobré nada; ni un centavo llevo para gastar con mi mujer y con mis chiquitas.

—¡Ay!, pobre. ¿Para qué vienes hasta acá? Este lugar es mío y no es bueno para ustedes. Amigo, sigue tu camino.

ok'om. Mi la ta ti nabe, te xa malaun, ta xkich' tal jutebuk a vuni meryo.

—¿Meryo van? Mo'oj kolaval, mas lek ta jvel jchik'e, ¡A ti mi xba jtot avu'une!, mo'oj xu' no'ox.

—K'elavil, kerem, mu'yuk chatoj ku'un.

—¿Te ono'ox k'usi chak'an? Pere mi lekil koltael ya'el un.

—Yu'un ch'abal, ja' no'ox li vo'ote oy yorail avu'un ti cha ta atak'ine, xchi'uk la vich' xa ep avokol, mi la vich' li tak'in li'e mu xa bu chtal abtejan o. Mu k'usi tzako ech'el li be li'e, te cha ta chobtik tana oy yajanul, stak' x—ech' ak'aj jay ch'ixuk ak'ux.

—¡Ay! ¡Kajval! ¡Pere... pere, sinyor jSemet pixol! Li vitz' bu chavalbune, mu xi k'ot ta jun k'ak'al, ti jSemet Pixole jlikel sak ch'ay ta anil, muk'bu yak' ora xlo'ilaj ep xchi'uk ti vinke, pere yu'un xch'uk ti k'uxi albate. Ti vinike te xkiklaj ech'el ta vi'nal, te xbik'bun ti stube, xmich'mun ech'el xch'ut, stoy la ech'el sat ti k'usi stak' slajese. Mu xa la bu snamal bat te sta ti ajane, muk'bu tzna' mi te xa tek'el ta stz'el.

Si quieres me esperas mañana hasta allá, en el otro cerro, voy a llegar mañana. Si encuentras el lago, me esperas ahí y te llevo un poquito de dinero.

—¿Dinero? No, muchas gracias, mejor me lo hago con mi propio sudor, ¡qué tal si me cobras después!, mejor no.

—Mira, muchacho, no te voy a cobrar nada.

—Bueno, si me ayudas, ¿a cambio de qué?

—De nada, porque tú tienes la suerte de obtener fortuna, haz sufrido mucho y con ese dinero tendrás mejor vida. Agarra este camino, encontrarás milpas con elotes y puedes pasar a cortar unos para comer.

—¡Ay! ¡Dios! ¡Pero... pero, señor Sombrerón! Al cerro que me dijiste no puedo llegar en un día. El Sombrerón desapareció inmediatamente, sin dar más tiempo para conversar con el hombre, que debía cumplirle tal como le dijo. El hombre continuó su paso tambaleante, desfallecido por el hambre, la boca llena de saliva y el estómago vacío, alzaba la vista

—¡Jch'ul tot! ¿Mi jech ono'ox van xal xkal ti jSemet Pixol ya'ele? Veno, chibat ka'tik, ta jk'el kik mi jech te ta jta ti ajane, yu'un me chak' xa chka'i ti vi'nale. Ti yakane jun yik'al ta ach'el lajemik xa ta xonobil. Ja' ti bu xyal xmuy ech' stuch' jelavel ti abnaltike. “¿Bu xa no'ox ti chobtik tana une?” Mu xa la bu nom bat un, te xa la tek'ajtik sta ti chobtik jutebe ch'al surkoal, xmuyubaj xa bat sk'aj oxch'ix. Te lik stzan sk'ok' svo ti ajane, jun la yutz'il. Ti jSemet Pixole cha'e mu sna' xlo'lavan-xi xa la un.

“Mu tzjut ti jSemet Pixole cha'e. ¡Kere k'i to yutzil li ajane! Li' une, oy xa me kip ta xanobal tana un, li tzatzaj me chka'i un, xu' xa me ku'un kak'tik ti bu to li vitz chiyalbe une.” Stze'tzun xa chk'ux ti yuni ajane, jun xa la yo'onton ti tzatzub xa une. Ti muk'tik vitzetike tzakajtik ta yalemtoq ti yolon te'etike jok'ajtik ti ak'etike toj alak' sba snichimal, te xvochlajan ta te' ti maxetik tzk'an sk'opik ta yajval banamil ta ni' te'e, ti yu'un xa laj ti abnaletike naka xa kajvel ta xch'i tal une. Te chotol ti jSemet Pixol ta xat yo'onton ti k'uxi xu' tzkolta ti

buscando algo que llevarse a la boca. No tenía muchas esperanzas de encontrar los elotes pero pensaba en ellos, pero no tenía idea de dónde podrían estar las plantas de maíz.

—¡Dios mío! ¿Será cierto lo que me dijo El Sombrerón? Bueno, sigo caminando, a ver si de verdad encuentro elotes, porque ya tengo hambre. Los huaraches ya molestaban sus pies sucios y lastimados. Atravesando cerros y laderas selváticas. “¿Dónde estarán las milpas”. A poca distancia encontró unas pocas sembradas sin surcos y emocionado cortó tres elotes. Prendió una fogata para asarlos. Comió riquísimo. El Sombrerón no lo había engañado.

—Entonces no era mentira de El Sombrerón. ¡Mira qué elote tan galán! Pues ahora sí, con esto ya tengo fuerza para caminar más rápido, puedo llegar hasta más lejos que el cerro que me dijo. Comió riendo, disfrutando la sencilla comida, feliz y con el ánimo fuerte.

La sierra madre de Chiapas estaba cubierta de neblina, bajo los árboles se ven las preciosas guirnaldas de flores tropicales

vinike: “¡Ay!, ¡Karajo! oy svokolik tajmek ti krisanoetike, oy xa svokol no’oxtok li te’etike, chonetike. Mu k’usi ta jnojés ta meryo li chu’ivpok’e, mu xa jk’an xtal yich’ svokol li’ ta pinka li j–abteletike.”

Va’ un, sjip la ta muyel ta snekeb ti chu’ivpok’e te bat ta yok ch’en, te la sak ch’ay ochel, te la bik’e ochel yilel ta ch’ene ja’ la te xch’en un. Te ta yut ch’ene, snop la ti k’usi xu’ x–ilbajinvane, kapem xa la sjol stam ti yach’ tak’ine, stzak la ta jun o sk’ob stik’ la ochel ti smeryoe. ¿Pere mi ta jna’tik, bu yich’ talel li tak’in une?, ja’ toe te xa ox ta sk’ob, mu k’usi, ta xchu’ivpok’e, xpak’et xa smuil li tak’ine, pere yu’un xk’oxlajet tajmek. Ti jSemet Pixoxle, te la lik tze’inuk, ti yu’un ta xich’ ta k’ux ti vinike xchuk be la lek sti’ xchu’ivpok’ smajbexa la xch’ut ti svorxae. Ti banamil le’e mu’yuk to’ox stijel, naka sna chonetik, alak’ sba uk’um skotol k’usi te nak’ajtik mu k’usi x–och te une, toj chulaltik. Ti mol Hassemene, ja’ tek’otun, “Li’e lek banamil sventa kajvel, muk’ buch’u oy, junto yutzikil te’etik naka

donde los diferentes monos reclamaban a los dioses de la tierra el derribo de los añosos árboles y el destrozo de la tierra bajo las raíces de los cafetos. Sentado ahí El Sombrerón estaba muy preocupado por el hombre: “¡Ay!, ¡carajo! Está sufriendo el pobre cristiano, y hace sufrir a mis árboles y a mis chiquitos. Esta bolsa la lleno de billetes para que ya no siga viniendo a sufrir a la finca este amigo.”

Y, así, tomó la bolsa y caminó hacia un paredón en la espesura, ahí se adentró, desapareció, como que se lo tragaba empezando desde el borde del sombrero. Adentro, pensando en un mal negocio y en cómo podría engañar, enojado tomaba fajos de billetes nuevecitos y limpios y con la otra mano los metía por la boca de la bolsa. ¿De dónde sacaba el dinero, quién sabe?, pero como que aparecía en sus manos y, ya dentro de la bolsa, olía y parecía buen dinero, sonaba como tronando de nuevo. El Sombrerón, empezó a reír, pensaba en los hombres y su necesidad y guardó la bolsa después de palmearla suavemente.

tzojik.” Ja’ la jech yal ti j-alimane, ti k’alal sta ta sa’el une. Ja’ to la me ya’i un te la k’ot ti jSemet Pixol ta yok ch’en une:

—¿K’usi chapas li’e, bu likemot tal?

El ti j-alemane, xchexluj la k’ot ta xi’el joyij la k’elvanuk, te la bot’ajtik k’ot sat k’alal ti sta ta ilele.

—¿Buch’uot?

—Vo’on yajval banamilun, yajval tak’inun, oy jpinka, ep jtzunajan chonetik, alak’, tz’i’etik, kiletel chonetik; vo’on jSemet Pixolun. A li, vo’ote.

—¿K’usi abi? ¿K’u cha’al toj sak pak’anote?

—Vo’on j-alimanun, Hasseman jbi. Ja’ jech li jtz’unobale. Ta jsa’ banamil ta jtz’un jkave.

—Veno mu xavil li’e, ja’ ku’un stekel li banamile.

—¿Veno buch’u ta jkich’be ye un cha’e?

—Veno mi cha k’an cha abtej li’ ta ch’ul banamile, mu k’usi vo’on chavich’bun ke.

Este lugar antes era virgen, lo habitaban miles de animales, bonitos ríos y la selva todo lo escondía, impenetrable, densa. Hasseman llegó ahí, “tierra buena para sembrar y cultivar café, y no es de nadie.” Enormes árboles de maderas de lo más fino. Todo esto pensó el alemán en aprovecharlo. De repente apareció El Sombrerón cerca de un pantano.

—¿Qué haces ahí, de dónde vienes?

El alemán brincó del susto y volteó, miraba sorprendido, con sus ojos desorbitados por encima de los lentes, a quien le miraba.

—¿Quién eres?

—Soy el dueño de la tierra, de la riqueza y del inframundo y ahí tengo una gran finca con muchos animales, gallinas, perros y serpientes; soy El Sombrerón. Y, tú, ¿cómo te llamas? ¿por qué estás tan pálido?

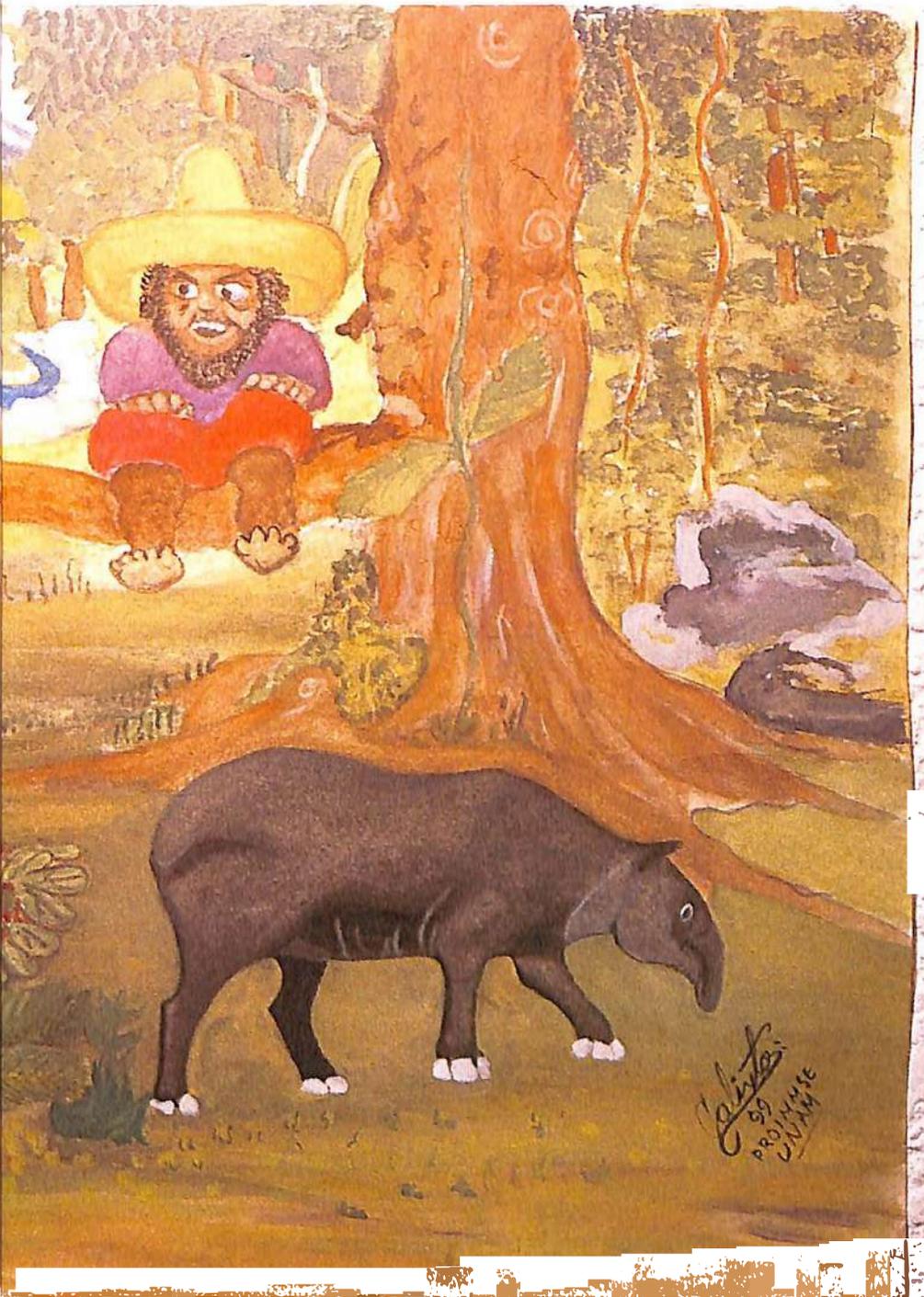
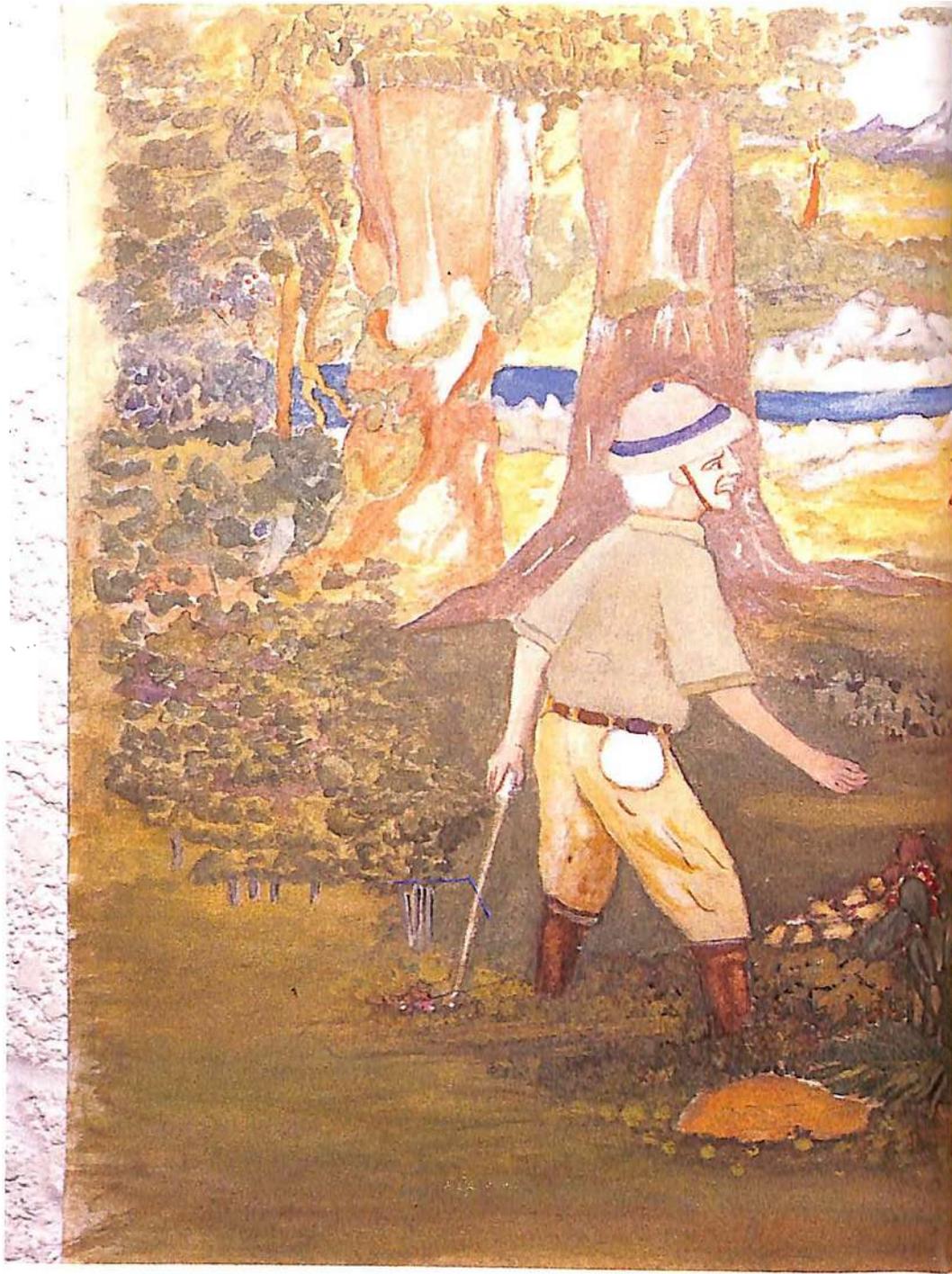
—Soy alemán, me llamó Hasseman. Así es mi piel. Estoy buscando tierra para cultivar café.

—Pero todo lo que vez es mío.

—Entonces, ¿con quién obtengo el permiso?

—¡Aah!, lek cha'e. Venó, mi xu' van xa vak'bun a ve, jtzun kajve li' ta lekil osile.
 —¿K'usi ta jeltik o un?
 —Ta jtojbot ta tak'in la vosile.
 —Li vo'one oy ep tajmek jtak'in, chaval li votep atak'ine, ma'uk jech, je, je, je. Li k'usi ch'abal ep ku'une kaj abteltak, ja' sk'an une'.
 —Cha kak'be kaj abtel k'alal mi talik li' ta jpinka une.
 —Je, je, je, pere mechuk me ti k'uxi chaval li vo'ot une, ti j-abtele yu'un ta xkom o ta jmosov, mu xa bu ta sut talel, yu'un xa ta xch'ay o ta jmoj ta vinike.
 —¿Pere k'uvan yepal cha k'an un?
 —Jun no'ox un, kerem to ta jk'an, tzotz, bij.
 —¿Ja' no'ox jun?, mo'oj li vo'one ta xkak' ti k'u yepal cha k'ane, xu' nan xa vich' jtobuk ta vo', ja' ti k'u yepal xk'ot ta lajele, yo' xkomik o ta vinik une. Li abtel li'e toj tzotz, toj vokol-ja' la jech chal un, ti j-alimane te la spoch'ílan ta majel ti yok jun muk'ta te'e.

—Pues si quieres trabajar esta tierra virgen quien da el permiso soy yo.
 —¡Aah!, encantado. Pues, entonces, ¿me permite cultivar toda esta zona tan fértil.
 —¿En cambio de qué?
 —Te pago tu tierra.
 —Tengo mucho dinero, más que tú, je, je, je. Lo que no tengo mucho son trabajadores, me faltan.
 —Te doy trabajadores cuando los tenga en la finca.
 —Je, je, je, no es como tú crees; mi mozo necesita ser regalo, pues no regresa, es persona perdida para ti.
 —¿Cuántos quieres?
 —No mas uno, joven y fuerte, inteligente.
 —¿Sólo uno?, calculando, creo que te puedo dar veinte de los primeros que caigan para que te alcancen. Es duro el trabajo, difícil. Mientras esto decía, el alemán palmeaba el tronco de un inmenso árbol.



—Lek un bi, Hasseman, je, je. Pere li ta jk'an li vo'on une yu'un me kuxul un, yu'un ja' jech ta jk'an.

—Xu'—, xi ti j-alemane, bu xa ta te nakatzaj ch'ay o ta yo'onton. Ja' jech k'ot ta pasel te ta Esperanza une.

Ti mol j-aliman une, tojalak' la sba yajnil, muxa la k'u xbajun ta yok sk'ob, xtok'et la xvinaj ti stzek k'alal chanave. Te la xpaxalet ta yolon xantik, ja' to la un sk'el la ech'el sjak'be la ti smalale: “¿K'usi van tzlajes li j-abteletik, a ti xk'ovlajan ta sk'uxe?”

—¡Aa!, ja' me ti vajta xk'ux xchi'uk jutebbak ta jech' une Brumilia.

—¡Oh! ¡oh!, xi to la k'ot, sna'oj ti smanyaik une. Te sutik ech'el ta snaik. Li antze mu la bu lek yil, ja' no'ox la sna'oj ti k'uyen ch-abtej yaj suk' setz'take, k'alal stam ech'el sbe ta skoryolal snae xkojkun xa la ech'el xchi'uk spolonya. Toj k'on la ti sjol xk'iete, sjim xa la sat ech'el xva'et smuil spat xokon. Jun la xmal lok' la stuch' snichim, pere mu xa bu chlok' o tal. Toj k'ulej, jun yo'onton xchi'uk ti yuni ol jPererikoe, k'ajom no'ox la jun ti yole, li' xa vok'em ta te'tike, pero j-aliman stzunobal un.

—Maravilloso, Hasseman, je, je. Pero el que tú me vas a dar debe estar vivo, así es como yo lo quiero.

—De acuerdo—, dijo el alemán, pero después se le olvido. Así surgió La Esperanza.

El viejo alemán tenía una mujer preciosa, parecía que volaba cuando caminaba pues sus pies no se veían bajo el blanco vestido. Se abrazaban en el jardín bajo la palmera y una vez, preguntó ella: “¿qué comen los mozos que hace tanto ruido cuando mastican?”

—¡Ah!, tortilla dura, Brumilia, y caldo de hueso de res.

¡Oh! ¡oh! Y lo miró como si él nunca pudiera engañarla. Regresaron a su casa privada. Ella casi nunca iba al beneficio, no veía más que gateros y gateras de quehacer en quehacer. Cuando caminaba por los corredores iba sonando los tacones de sus botas, parecía que le molestaban. Muy rubía, recogía su cabello atrás de la cabeza, muy restirado; se refrescaba la cara con colonia. Por la tarde, siempre salía a cortar flores, entraba a su casa y ya no salía. Tenía mucha suerte. Le dedicaba mucho a Federico, su único hijo nacido en el Soconusco, pero alemán en todo.

Ta yok'omal ti jSemet Pixole bat la xnavuk ta abnaltik, te la la sluch ta be jkót te'tikal chij, te la nope, utz'ibat li stak'in te yich'oje:

—A li, vo'ote jSemet Pixol, ¿K'ustu ono'ox avun ti tak'in k'i yepale?

—¡Ay, te'tikal chij!, a li tak'in kich'oj li'e, yu'un ta jkolta jun me'on vinik ti jatavil lok' talel ta pinkae. ¿Mu xavil toj ech' no'ox tzta utilanel jujun k'ak'al? Mu la bu ta x-ak'bat junuk kovre ta xemuna; ti ilile mu la jauk xtoj. Ja' yu'un li'e ta jsa'be smelol ta ora. Mi mu la jsa'be smelole, li' chtalik o tzlomesanik te' li me'on viniketike. Ja' ti jujun k'ak'al chlaj tukijanuk li jnatike.

—Mi jech ka'tik, jSemet Pixol, kolaval un bi, yu'un lek yajval vitzot, tana to me un. Ti te'tikal chije slev xa la ech'el xchak ta anil ta abnaltik.

Ja' to la ta jlikel o ti jSemet Pixole jlikel la sak ch'a, ja' no'ox jech yalbe komel ti vinike, ja' to la ta jlikel te xa'ox ta ti' nab xci'uk stak'in; te no'ox la k'ot nopvanikuk xtok ti chonetik, jech k'u cha'al li chuche, li xk'une oy to yan chonetik te sjak'bik smelolal:

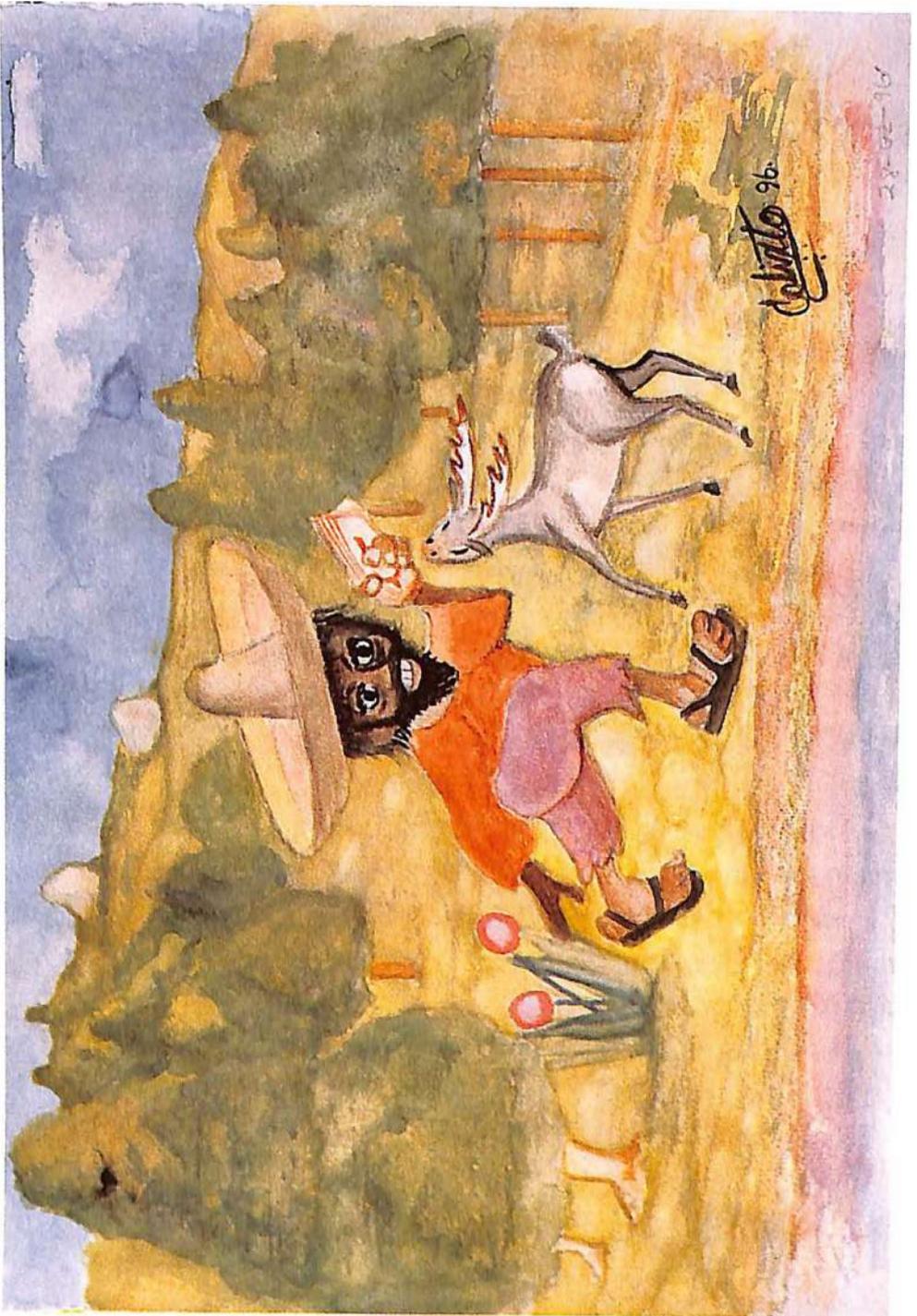
Al día siguiente, El Sombrerón, caminando por las montañas, encontró un venado que se le acercó al percibir la fragancia del dinero que llevaba:

—Oye, tú, Sombrerón, ¿para qué te sirve tanto dinero?

—¡Ay, venado!, el dinero que llevo es para ayudar a un pobre que huyó de la finca. ¿No ves tanto maltrato que recibía a diario? Ni siquiera recibió un centavo a la semana; y la deuda nunca se desquita. Por lo pronto busco la solución. Si no hago la lucha, los hombres pobres se vienen seguido a tumbar los árboles. Cada día se destruye más nuestra casa.

—Oye, Sombrerón, te felicito por lo que haces, eres un buen dueño de la montaña, adíos. El venado con grandes saltos corrió a la montaña.

En seguida, El Sombrerón desapareció. Como lo había prometido al hombre, en un instante llegó a la orilla del lago, con la gran bolsa de billetes para ayudarlo; mientras los animales se acercaban a mirar y las ardillas, el correcamino y otros, preguntaban:



—¡Semet Pixol, ¿Bu chavak li yepal avich'oj li tak'ine?—, xi la ti chuche.

—Mu k'usi k'oxetik, mu xa vil li krisanoetike, yu'un mu stz'ik yu'unik ti vi'nale. Naka tak'in tzk'anik ti yo' chtal stukianik li jnatike, k'elavil ti te'etike yak xa ta slomesanik. Ti yo' mu xtalik stukianik li abnaltike ta jkolta jutebuk ta tak'in li jun vinike.

—¡Ah! ¡Kere! ¡Ja' me jech ta jk'antin un bi jSemet Pixol! Ak'o batikuk stz'un xchobik.

—Ja me jech un k'oxetik tana to me.

—¡Batan, jSemet Pixol!

—¡Ja, ja, ja! ¡Ta jk'eltik k'usi ora ta jpasbetik sk'inal li jSemet Pixole!, lek ava'uk un bi. Ti jSemet Pixol kak'tike ta skolta li vinike, ta spoj ti jnatike xchi'ukli vo'otike; ¡Jpastik k'usi ora k'in cha'e! Li chuche xyolet ono'ox muy ta jun muk'ta te'. Ti jSemet Pixole jlikel sak ch'ay, ta jlikel oe ta jech nab xa ox. Ti vinike bat xa'ox k'ak'al k'ot, ta xa x-och ak'obal.

—Sombrerón, ¿qué haces con el dinero que tienes en esa bolsa?—, preguntó la ardilla.

—Ay, muchachito, ¿no ves que la gente no aguanta el hambre? De pura necesidad viene a destruir nuestras casas, nuestros bosques y ahora ya tumbaron varios árboles. Para que ya no vengan a maltratar las montañas voy a ayudar a este amigo con un poquito de dinero.

—¡Aah! ¡Vaya! ¡Muy bien, Sombrerón! Que se vayan a cultivar sus tierras.

—Así es, muchachitos. Hasta luego.

—¡Adiós, Sombrerón!

—¡Ja, ja, ja! ¡Ahora tenemos que celebrar un día en honor de El Sombrerón! Sí, buena idea. El Sombrerón está luchando por los hombres, por cuidar nuestra casa y a todos nosotros; ¡le haremos una fiesta! Y la ardilla trepó al árbol más grande. El Sombrerón usó su magia y en un instante apareció en la orilla del lago. El hombre llegó muy tarde, casi entrando la noche.

—¡Ay, jch'ul tot! mi ja' ti nab chi yalbe li jSemet Pixol li' une. Ta me xi xi' ka'i li' une. Li slo'la jna' o mi sut xavan. Veno, yu'un li vul xa, ta jch'olbe jch'a ya'lel li jtzue. ¡Eee! ¿Bu xa ono'ox chivay tana un? Ja' nan lek le'e, li ta yolon muk'ta te'e. ¡Kajval!, vaxakib to k'ak'al sk'an chi k'ot ta jna taj une. Ti vinike, tey la stzoy sk'ok' vayel; te la nopol spuch'an sba skux yo'onton, pere mi ja'uk la x-och svayel; te la och mas xi'el yu'un ti k'usi chbak' ta ak'obaltike. Ja' to la me jlikel o un, oy la k'usi te ech' nopol ti bu ta xvaye nakatzaj stoy sjol sk'el pere xi'el un, yak' la sat, naka la ka'etik te x-ijlajan jelabel un ko'oltik la makbil jelavel yilel un. Ti ka'etike te la nopol k'ot ti bu ta xvaye. Ja' to la chil oy la k'usi sak te xvolet uni bik'it la ta xutilan ti ka'etike.

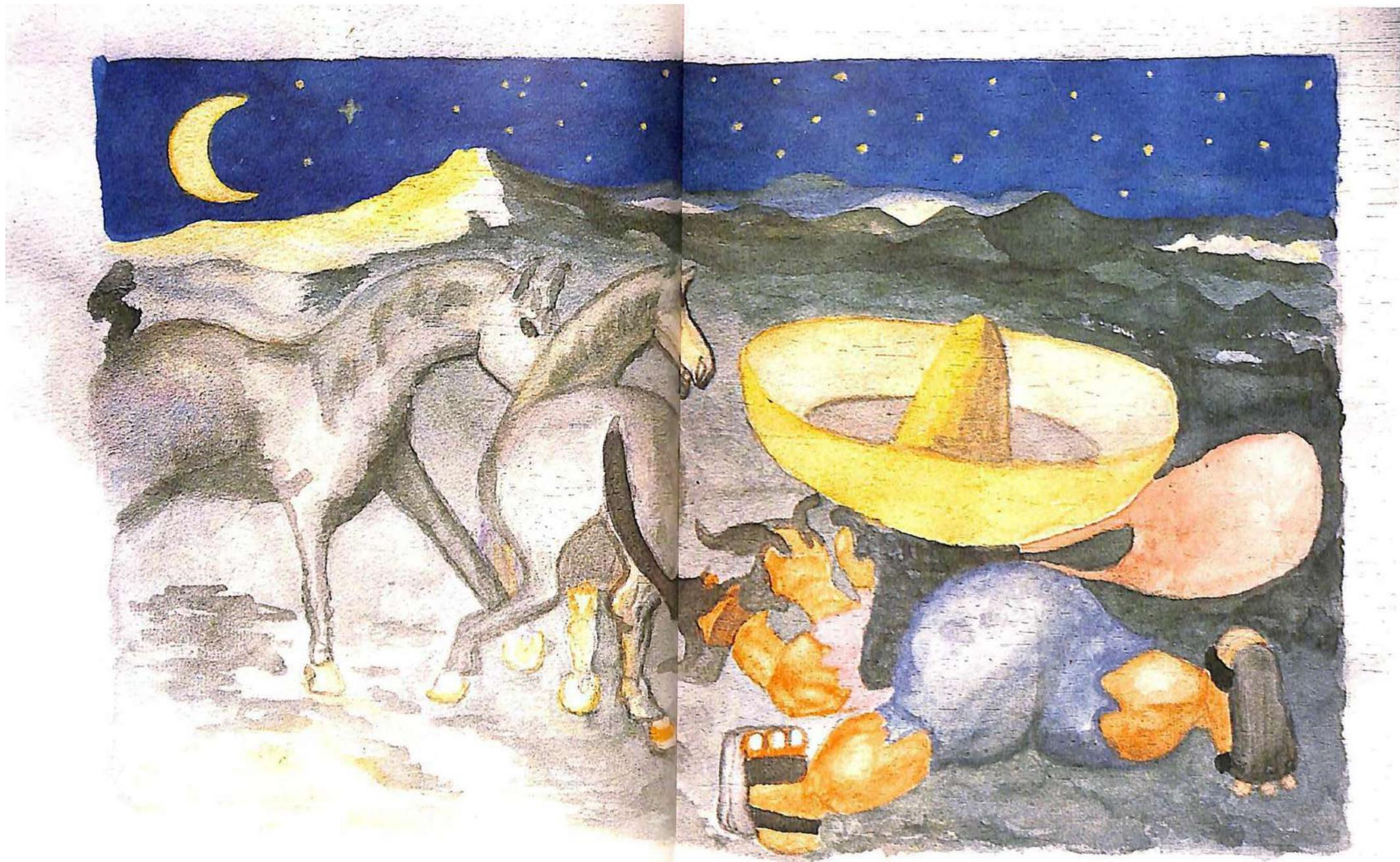
—¡Ja, ja, ja! Veno laj jta jbatik li' une—, xi la ti jSemet Pixole.

—¡Aay! mu xtal asibtesun sinyor jSemet Pixol—, xi xa ti vinike toj sak pak'tajel k'ot ta xi'el.

—¡Ay, Dios! Es el lago que me dijo El Sombrerón. Ya me está dando miedo aquí. Tal vez me engañó o ya se regresó. Bueno, ya estoy aquí, voy a llenar de agua mi tecomate. ¡Uy! Pero... A ver, ¿dónde voy a dormir? Yo creo que por allá, bajo ese árbol grande. ¡Dios!, ocho días faltan para llegar a mi casa. El hombre hizo lumbre bajo el árbol para pasar la noche; se acostó cerca del fogón para descansar, pero no le entraba el sueño; se espantaba con los ruidos en la oscuridad. De repente, pasaron cosas extrañas muy cerca de donde dormía y levantaba la cabeza nerviosamente, observando. Eran caballos que relinchaban y corrían como si estuviera el dueño. Los caballos se juntaron cerca de él. Entonces miró una cosa chiquita y blanca que molestaba a los animales.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ora sí nos encontramos—, dijo El Sombrerón.

—¡Ay...! ¡No vengas a espantarme, señor Sombrerón!—, dijo el hombre con la cara pálida y temblando por el miedo.



—K'u yu'un cha xi'e, kerem. La valbun ti chtun avun ti tak'in une. Melel mu k'usi cha jpasbe. Mu xa vil ta vabtele toj chopol, ti k'u to'ox yelanil la vokole, yu'un ch'ayo ta vo'onton.

—Pere..., chkil li vo'one, na'tik mi mu pukujokot, k'u yu'un ti toj bik'itote, toj muk' a pixol, toj natik a jol, toj chopol ta k'elel avisib. ¡Na'tik ono'ox bu likemot talel!

—Mo'oj kere, vo'on yajval banamilun, mu xa na' li banamile, li abnaltike ja' ku'un stekel xchi'uk li k'ox chonetike. Li' me oy li tak'in ti ta xtun avun une, ja' li tak'in cha vak' o avokol li' une. Muk' bu cha kalbe ti chasutesbun li jtak'ine. Ilo bal xa va'ik xchi'uk yajval ana. Ti mi yak' to skomilale xa vak'anbe achi'iltak ti bu toj abol sbaike, ¡karajo mu xa xatalik li' ta pinka une! Xa k'elavil li jtak'ine ta xtun avun jal.

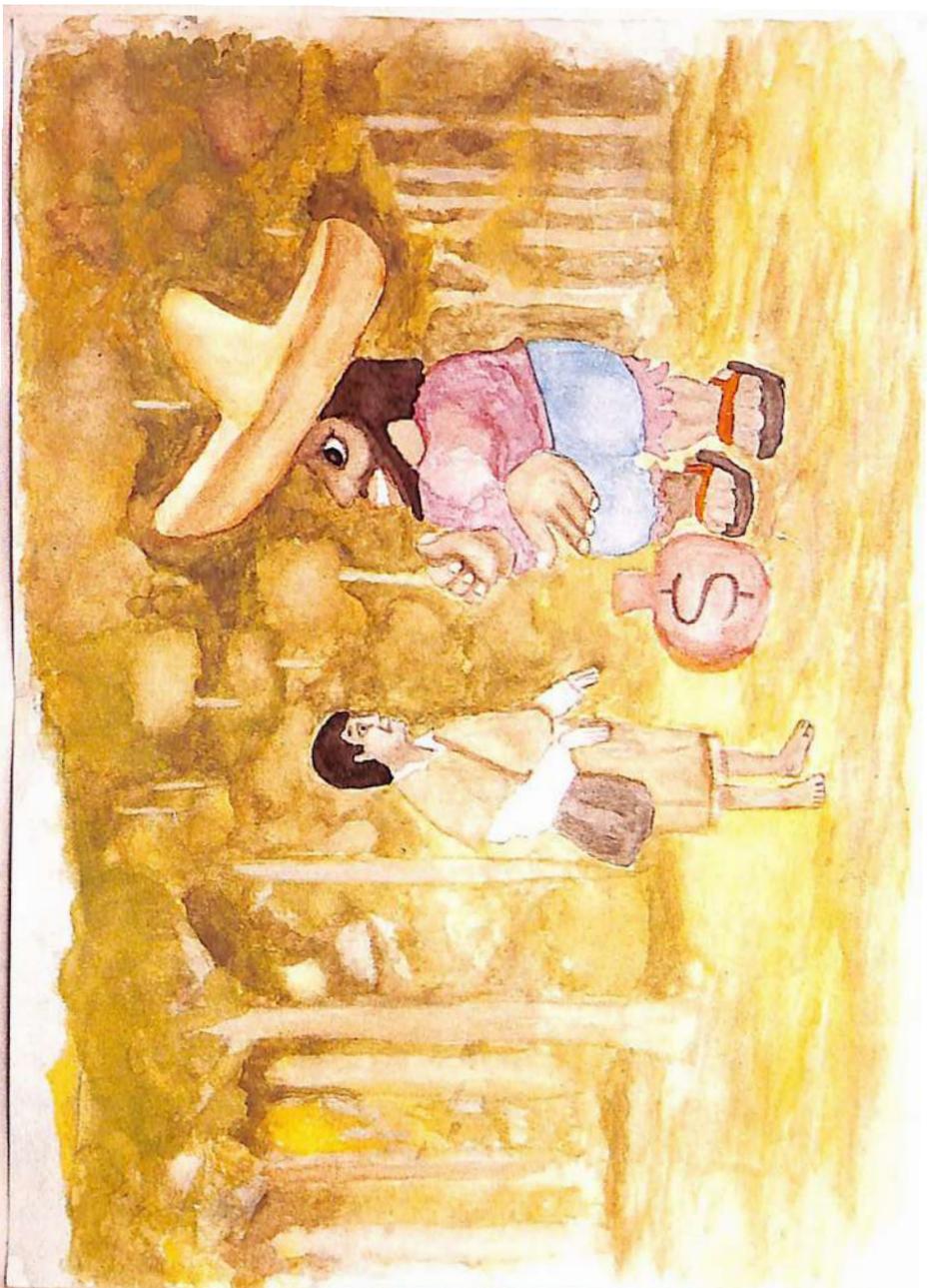
—¡Mi yiloj me jtotik un! Ma'uk ti xa vik'un ech'el ta mosov chba jtot ti k'u yepal chavak' bune. Mu me jk'an xa pasbun k'u cha'al ti mol j-alimane, k'elavil mu xtoj kil yu'un, mi ja'uk o bu chtub o.

—No tienes por qué temer, muchacho. Me dijiste que necesitabas algo de dinero. La verdad no te voy a hacer nada. Para ti el trabajo era muy peligroso y ahora olvidarás todo tu sufrimiento.

—Pero..., a mí se me hace que eres un demonio, porque eres muy pequeñito, con tu sombrero tan ancho, tus pelos bien largos y las barbas bien feas. ¡Quién sabe de dónde vienes!

—No, hombre. Soy El Dueño de la Tierra, todas las montañas son mías y cuido de mis chiquitos. Aquí está el dinero que necesitabas y por el que sufriste tanto. No te voy a decir que me devuelvas mi dinero. Toma, es bien para tu familia. Si sobra, lo repartes con tus compañeros más pobres, y, ¡cabrón, ya dejen de venir a la finca! Además, te va a servir mucho tiempo mi dinero, y a tus hijos.

—¡Sea por Dios! Lo único que pido es que por favor no me hagas tu mozo para cobrarme lo que me das. No me hagas igual que el alemán, ése me endeudó y no le veo el fin a la deuda.



—Li vo'otike, mo'oj karajo... a li yajval pinkae ta jbel une, yu'un ja' jech kaloj kutik, ti k'uxi vul talel li'e yu'un la chiyakbe ox jun jmosov k'alal laj kak'be ta ch'om li kosile. Mu k'usi li vo'ote, ja' no'ox chakalbee: mu xa me xtal a lomesan te' li' ta pinka une. Ti mi li' la jtaot no'oxtoke, xa vak' me pertonal un bi, ta me xbat atoj k'un ta yut banamil, te chbat abtejan o.

—¡Mo'oj xiyox, mu xa bu chi sut talel!

—Veno, ilo me li tak'in une cha'e, li' ta xkak'bot komele. Batan xa ta ana, te cha jk'el ech'el mu'yuk k'usi chapas. Jlikel sak ch'ay ta anil.

—¡Kajval! ¿K'usi van chkut li tak'in tana une? A ti chopol lae. O mi lek van, pere ta xi xi' chka'i. A ti pukuj la ti chi yutilane. A ti chale ta la xi spoj mi ok'usi jnup ta bee.

Ti vinike te la xvulvun ech'el sjol yo'onton ta xi'el, xmuy xyal ech'el ta vitzvitzaltik xchi'uk ti stak'ine, ti vinike mas xa la ayan yip, solel pukujib ta xanobal ek. Te la och ech'el a'obal ta be, ja' to la te no'ox sta xtok jbej uni na ch'abal yajval te la och vayuk un.

—Contigo no, hombre... Al finquero seguro le cobro por que así lo habíamos acordado desde el principio. Me debe un mozo que me ofreció cuando le presté este lugar. A ti sólo te advierto: ya dejen de venir a talar los árboles para las fincas. Si te encuentro otra vez por acá, me perdonas, pero te llevo a pagar al inframundo, a que me trabajes.

—¡No, por Dios! ¡Ya no voy a venir!

—Pues, entonces toma el dinero, ya es tuyo, aquí te lo dejo. Y vete a tu casa, yo siempre te defenderé y nada te pasará. Y desapareció.

—¡Dios! Ahora, ¿qué hago con este dinero? ¿No será una maldición? ¿Será bueno, tengo miedo. No será un demonio que engaña. Me dijo que me va defender por cualquier cosa que ocurra.

El hombre se fue pensativo y temeroso, bajando y subiendo cerros con la fortuna, y tuvo más fuerzas y valor durante su viaje. Ya entraba la noche por el camino y, por suerte, encontró una choza solitaria y decidió quedarse en ella. “Ya es tarde.

“Bat xa k’ak’al un. Venó yu’un xa no’ox lubemun, ta jch’amun ka’tik jvoyuk li na li’e, ta jk’el kik mi oy yajval... Ch’abal, muk’bu xtal yajval, na’ me svayebik jxanobaletik buch’u ch—ech’ik li’e, xi la ti vinike. Xchepan la komel spop ta yut na lok’ la ech’el sa’ si’ yu’un la ta stzoy sk’ok’, ja’ to la te la snupoj sbaik k’ot xchi’uk ti jSemet Pixole te la kajal ta jkot k’ox chon.

—¡Ji ,ji, ji! k’ox kerem... ¿K’u avelanil me un?

—¡Aay! La sibtesun sinyor jSemet Pixol, mu jna’ mi li’ote. ¿Ana mi stak’ kajlibinel li uni k’ox ya’ele cha’e?

—¡Ja, ja, ja! Mi mu xavil ya’el ti vo’on yajval vitzune, a li k’ox chon li’e tzemen vakax sbi, ja’ ka’ un... Li’e yu’un kamiko jbatik xa un, jech o xa me ti mu jk’an xa jkomes a tuk ta be une, te nabal chi tal ta pat. Ja’ ti mi ok’usi xa nuptane, te chaj jk’el ech’el yo’ to k’uxi xa k’ot ta anae, ta jmak skotol ti k’usi chopole.

—Lek oy... sinyor jSemet Pixol.

—Venó kerem batan xa. Jutuk xa me sk’an xi jk’otik ta ana.

Además estoy bien cansado, creo que voy a tomar prestada esta choza, voy a ver si tiene dueño... No, no encuentro dueño, tal vez sea para cualquier viajero que pasa”. Así pensó. Dejó sus cosas dentro de la casa y salió a recoger leña para hacer lumbre, de pronto, se encontró con El Sombrerón montado en un animal pequeño muy raro.

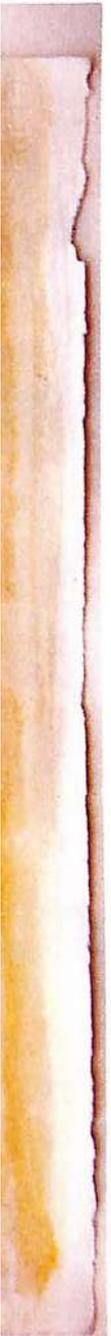
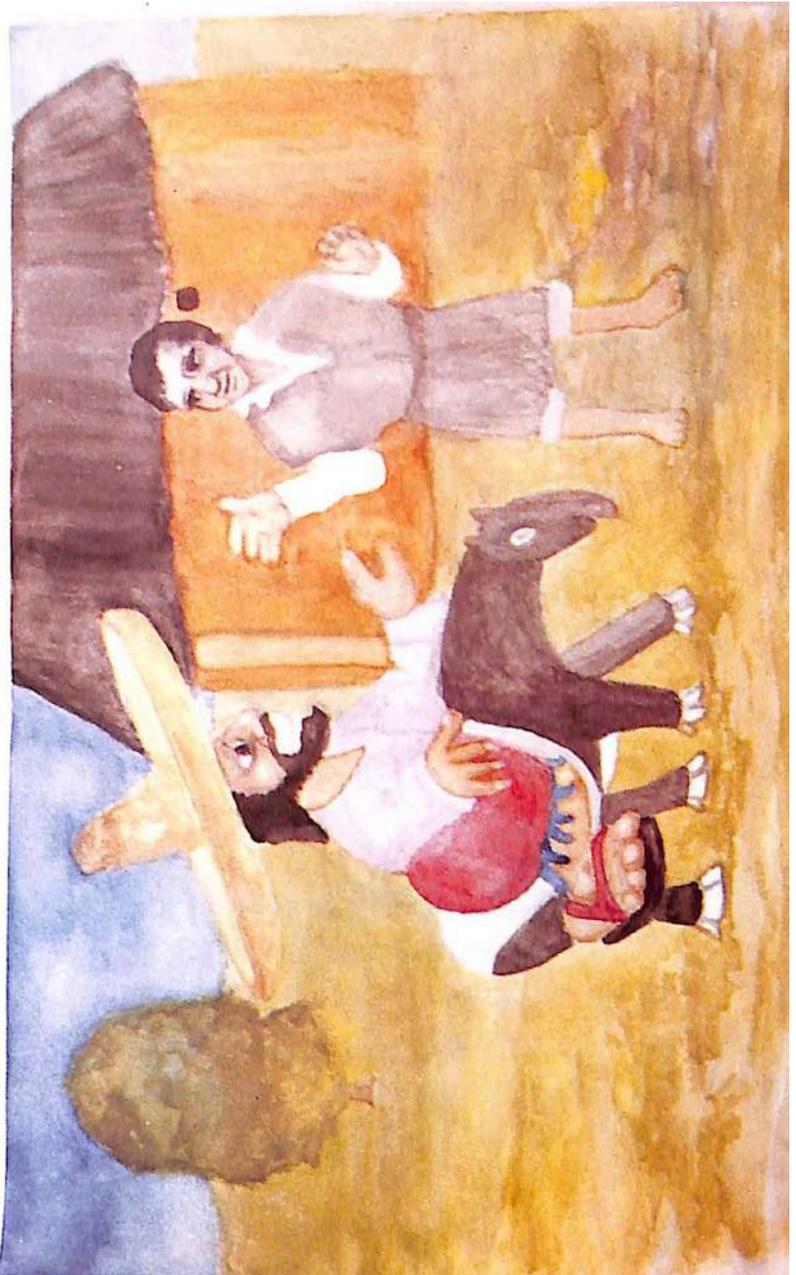
—¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! Muchachito... ¿Cómo te va?

—¡Ay! ¡Me espantaste, señor... Sombrerón! No sabía que estabas aquí. ¿A poco, se puede montar este animal tan chiquito?

—¡Ja, ja! Sí. ¿Qué, no ves? Soy dueño de todos los animales que viven en las montañas. Este animalito se llama danta, es mi caballo... Pos ya sabes, ahora ya somos amigos, por eso no quiero dejarte solo en el camino, vengo detrás de ti, muchacho. Por cualquier peligro que ocurra, yo te cuido, hasta que llegues a tu casita te salvo de todo.

—Bueno... gracias, señor Sombrerón.

—Bueno, muchacho, sigue tu camino. Pronto llegaremos a tu casa.



▲ ti vinike te la och xi'el yu'un toj chopol ya'i ti te nabal chbat o ta snae ti jSemet Pixole. Lik la sa'be smelol ti k'uxi xu' xnamaj komel une, te la lik slok'es juteb smoye, skoskos k'opla la me likel:

*Ch'ul vinajel, ch'ul banamil, ch'ul moy,
li sbel anichim abae,
li sbel anichim sate,
k'ejbun me ech'el li jSemet Pixole,
ak'bo ech'el sbe;
mu xa vak'un ta yelov,
ak'bo ech'el xaneb xchi'un stzemen vakax.*

Veno ti jchi'iltike, sjipbe la juteb uni moy ti yamikoe, pere ma'uk la ti smil oe. Ti jSemet Pixole jlike la sak ch'ay ta anil. Ti vinike sta la ech'el sbe mas vaxakib k'ak'al. K'alal ti bu xa k'ot vayuke jun xa la yo'onton. Mu xa la bu xk'ot o ti jSemet Pixol une. K'alal sakub ti banamil no'oxtoke stam la ech'el ti sbee. Ti smoye tojobaj jutuk, ti jSemet Pixole mu xa la bu xvinaj o sat. Yantik xa la xnopaj ech'el k'alal sparaje; jun xa la yo'onton k'ot ta sna un.

Al hombre le causaba miedo y molestia ser seguido hasta su casa por El Sombrerón. Buscó la manera de poder alejarlo, hizo la oración con el pilico, murmurando en voz baja:

*Señor padre, madre y divino pilico,
la maldad en tu florecido rostro,
la maldad en tu florecida imagen,
haz a un lado a El Sombrerón,
apártalo de mí camino;
no me lo muestres,
que se aleje con su danta.*

Entonces, el chamula le tiró un poquito de pilico a su amigo, sin querer dañarlo. El Sombrerón desapareció. Continuó su viaje ocho días más. Cuando tomaba su descanso por las noches ya dormía contento. Dejó de insistir El Sombrerón. Y de madrugada continuaba su viaje. El pilico funcionó bien, El Sombrerón ya no apareció. Cada día avanzaba hacia su paraje, muy contento; por fin llegó a su casa.

—¿Mi li'ote antz? Li tal xa me un.

—¡Aaa! ¡Mi la sut xa tal! ¿Mi ja' to jechot, oy ti pas kanal kak'tike? K'i yepal ti tak'in la kuch tal une.

—Jech, yilel un antz. A li tak'in la kich' talel li' lie li sk'elanbe jSemet Pixol.

—¿jSemet Pixol?

—Jech un antz.

—¿jSemet Pixol sbi ti yajval pinkae cha'e?

—¡Aaa!, ma'uk antz.

—¿Buch'u xa no'ox ti jSemet Pixol chavale cha'e, ma'uk ti yajval pinkae?

—Le'e ma'uk, li yajval pinkae ja' jun j-aliman. A le'e toj chopol. Naka ya'lel chak' kuch'tik li chenek'e, li kajve oy xepu'al, jbej pajal matz' chak' kuch'tik, xchi'uk juteb bek'et chak' xchi'uk xuvital sventa xa yarosal ti ve'lil ta xkich'tik ta yernex une. Mu bu lek toj chopol. Toj toyol chamel. Ti k'u sjalil te oyune naka at o'onton. Ti abtele toj tzotz, yu'un tz'iko vo' xa abtej, ta ach'el, ti'el ta us. Chib no'ox ora ik'lumaltik tztij skachu ti

—¿Estás aquí mujer? Ya vine.

—¡Aah! ¡Ya regresaste! ¿Cómo te fue? ¡Es verdad que se gana buena paga! Mira qué tantos billetes trajiste.

—Pues, parece que sí mujer. Este dinero que traigo me lo regaló El Sombrerón.

—¿Sombrerón?

—Sí, mujer.

—¿Sombrerón se llama el dueño de la finca?

—¡Aah!, no, mujer.

—¿Pero de cuál sombrerón me estás hablando? ¿Qué no era el dueño de la finca?

—No, el dueño de la finca es el alemán. Ése es malísimo. Nos daba de comer puros frijoles con agua, café con grasa, unas bolitas de masa para el pozol bien agrias y un pedacito de carne con gusanos en lugar del arroz de cada viernes. Pura porquería. Hay muchas enfermedades. Cada día que pase ahí estuve bien triste. La chamba está bien dura, hay que trabajar dentro de las lluvias, con lodo y muchos mosquitos.

kaporale: ¡likanik me keremetik! ¡likanik me k'oxetik! xi tajmek, pere ik' to un. Ti viniketike mu xu' yu'unik naka ja' chjativik lok'el ta jujuntik ta mukul, mu k'usi li vo'on eke jtambe lok'el jatobal.

—¡Aay kajval! ¿K'usi xano'ox ti jSemet Pixole cha'e?, ¿Mi krisano?

—Ma'uk un antz, ti chale yajval la banamil ti ta pinkatik une. Oy la ep tajmek stak'in a li k'u yepal li yak'be li'e mu la bu ta jtotjtik. Na' me lek xil sbaik xchi'uk li yajval pinkae.

—¿A na bu xa no'ox pinkail la ya cha'e?

—Te ta pinka Esperansa un. A li teye toj mas tajmek li mokoche, li kantine, li ora-chone, li ch'ikile, li xenene, li bitome. Toj chopol ma' teye, mu xkuch, jech o li jatav ta ak'obaltike, yanuk li ta k'ak'altike mu stak' xi jatavotik. Jlikel ch-ilvanik li jpa'ivaneje, ta stzak ska'ik ta anil ta snutzotik ta tz'i'. Mi staotike, ta stik'otik ta chukel jun xemuna. Mi laje ta xcha' takotik sutel ta abtel ti yo' to k'uxi xtoj li ilil ta syenta une. Ep

A las dos de la mañana toca su cacho el caporal y luego nos dicen: ¡arriba, muchachos! ¡arriba, patojos! Todavía está oscuro. La gente no aguantaba. Se escapaban a escondidas uno por uno cada día, entonces tuve que huir yo también.

—¡Ay Dios! ¿Quién es El Sombrerón?, ¿es cristiano?

—No, mujer, dice que es el dueño de la tierra del Soconusco. Tiene muchísimo dinero y lo que me dio no me lo va a cobrar para nada. Creo que se lleva bien con el finquero.

—¿Pero a cuál finca te fuiste?

—A la finca La Esperanza. Allí abundan las víboras, cascabel, coral, el chicote, los chaquistes, el zancudo y las pulgas. Muy malo es ahí, es insoportable, me escapé de noche, porque en el día es imposible. Fácil nos descubren los vigilantes, agarran sus caballos y nos persiguen con perros. Si nos encuentran, a la cárcel una semana. Después nos vuelven a mandar a trabajar, trabajar vigilado, hasta que se paga la deuda de lo que

ti viniketik te chlajanikuk ta muk'tik te'etik ti bu ta jlomeskutik yalel tale. Mu jtatik lek ta meyel ta lajuneb ta vo'lajuneb yajval li yok te'e, k'ajom sni'ni'tak jk'obtik. Jun xemuna yich'oj ta cha'vo' yajval ta xlom o li bu toj muk' li mol te'e. Li buch'u te chlajik li povreetike, kaporal chbat mukvanuk mi laje ta stz'un komel jtek' ch'in kajve ta jbatik yu'un mu stak jech no'ox smak banamil ti animae. Te chi j-och ta sk'a'al kajve.

—¡Aay, kajval! ¿Teke' un, mi chi jtun yu'unik ta sk'a'al kajve cha'e?

—Yu'un tana me un antz. A li teye yu'un lajebal ta jmoj, jech o mu stz'ik ka'i ti mu vokole. Sk'anel xa jech te jnup ta li jSemet Pixol ta abnaltike. Kajal chanav ta jkot chon tzemen vakax la sbi xi chka'i, ja' li yak'be tal li tak'in li' une, ti mu xa la bu chbat kich' no'oxtok ti jvokol ta pinkae.

—¡Ay! ¿Pere k'usi xa no'ox krisanoal ti jSemet Pixole cha'e?

—A ti chale yajval banamil la toj lek la xil sbaik xchi'uk ti yajval Pinka Esperansae, ti yajval pinkae yaloj la ye ti ta sk'elanbe smosov ti jSemet Pixole jeché' la slo'la.

se pide en la tienda de raya. Mucha gente se muere accidentada con los grandes árboles que tumbamos. Diez, quince juntos los abrazamos y apenas nos tocamos los dedos. Entre dos tardamos hasta una semana en tirar los más grandes. A los pobres que mueren el caporal se encarga de enterrarlos y encima de ellos siembra una mata de café para que los muertos no ocupen el espacio. Los usan como cultivo.

—¡Ay, Dios! ¿A poco sirven como cultivo para las plantas de café?

—Pues sí, mujer. Allá es un infierno, yo no aguanté esa miseria. Afortunadamente encontré a El Sombrerón en las montañas. Anda montado en un animal que me dijo se llama danta, y me regaló este dinero, para que ya no regrese a sacrificarme a la finca.

—¡Ay! ¿Pero que clase de gente es El Sombrerón?

—Me dijo que era el dueño de la tierra y muy amigo del dueño de la finca La Esperanza, el finquero había prometido regalar un mozo para El Sombrerón pero lo engañó.

—Aa... pukuj taj une cha'e, ja' lek ba jk'opontik jch'ul totik; yo' mu xtal yutilanotike. Mi laje ja' to ta tz'akal jk'eltik mi tak'in van akuchoj tal une, munuk me je-che' no'ox. Ti mi jeche' no'oxe ¿k'usta ku'untik? Ja' lek abtejan ta kovosil, k'alal avabtel atuke, ja' jun ko'ontontik chi jve'otik xchi'uk kalab jnich'nabtik, ja' ti ta chik' atuke.

—Jechaval un bi... antz, sk'an xi jk'opoj jutebuk.

—¡Ja' lek ba jsa' jkantilatik jk'opontik jtotik San jVane! Oy to li' kuni meryo jk'ejoj ta jkaxae.

—Veno, batik.

Veno ja'o la me snuptan palta ti jSemet Pixol une, solel ochem xa ta at-o'onton ta jbej o xa vitz, yu'un ta xcham xa li stzemen vakaxe.

—¡Ay...! ¿k'usi van tzpas li kuni ka'e? K'i mu xa xu'xich' ik' une. ¿Jee mi lubel van? ¡Karajo..., toj chopol! Ch'abal jka' chi kom un. Ja' ta smul li yajval pi kae. Cham ta lubel li jka'e, pere ta stoj ku'un k'usi ora.

—Entonces sería un demonio, mejor recemos a nuestro santo patrón para que no venga a molestarnos. Luego vemos si el dinero que venías cargando no es malo. Si es falso, ¿para qué lo queremos? Mejor trabajas en tu propia parcela, si cosechamos, contentos comemos con nuestras hijitas, por tu propio sudor.

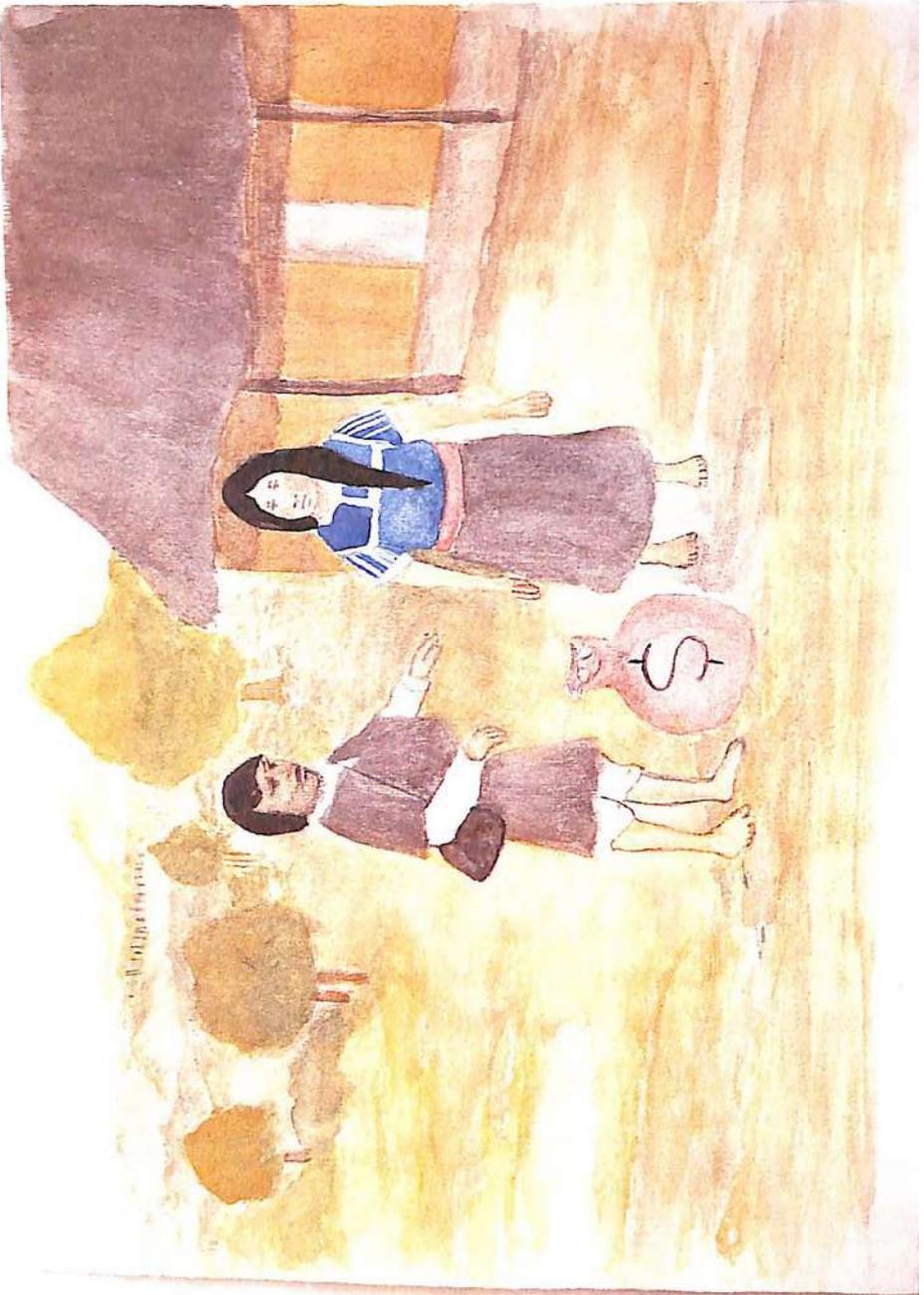
—Pues sí... mujer, hay que rezar un poquito.

—¡Mira, vamos pronto por las velas para rezarle a San Juanito! Tengo unos centavitos guardados en mi cofrecito.

—Bueno, vamos.

Al mismo tiempo, en otro lugar de la montaña, El Sombrerón estaba triste porque su danta estaba mala.

—¡Ay...! ¿Qué le estará pasando a mi caballito? Mira nomás, ya no puede respirar. ¿Será que está cansado? ¡Carajo..., qué horrible! Ahora me quedo sin caballo. Tuvo la culpa el finquero. Se murió de cansancio mi caballo, pero lo va a pagar un día.



—¡Uuurrk! ¡Uuurrk! ¡Buuush! ¡Buuush!—, slajeb xa sjik' komel banamil stzemen vakax ti jSemet Pixole solel cham o. — Veno te k'alal, cham xa ti jka'e! Li me'on vinike mu xu' ja' xkak'be smulin, le'e mu sna', ta xkak'be perton. A li buch'u mu'yuk ta xkak'be pertone ja' li yajval pinkae. Ta jk'el k'uxi ta jcho' ya'i li mol j-alimane. Aa. Vul xa ta jol. Ja' lek ta jyakbe li snich'on ta be, yu'un ono'ox ja' sk'upil ko'onton. Ta jlok'ta jba ta stot ta xkilbajinbe ya'i li skereme. "¡Ja' ak'o ba stoj ka'tik li yilike!", xi la snop.

Ti jSemet Pixole sk'atajes sba ta spukuj ti k'u yelanil sk'u' ta xanav ti mol j-alimane, ja' la jech spas ti yo' slo'labe o li snich'one. Te la bat svechan sba ta k'al uk'umaltik sna'oj ti te x-ech' xchi'uk skareta ta ju-jun jvevex li ta be une. Ja' o bat yich' talel tak'in ta Tapachula te ta sut talel. Ja' te smala.

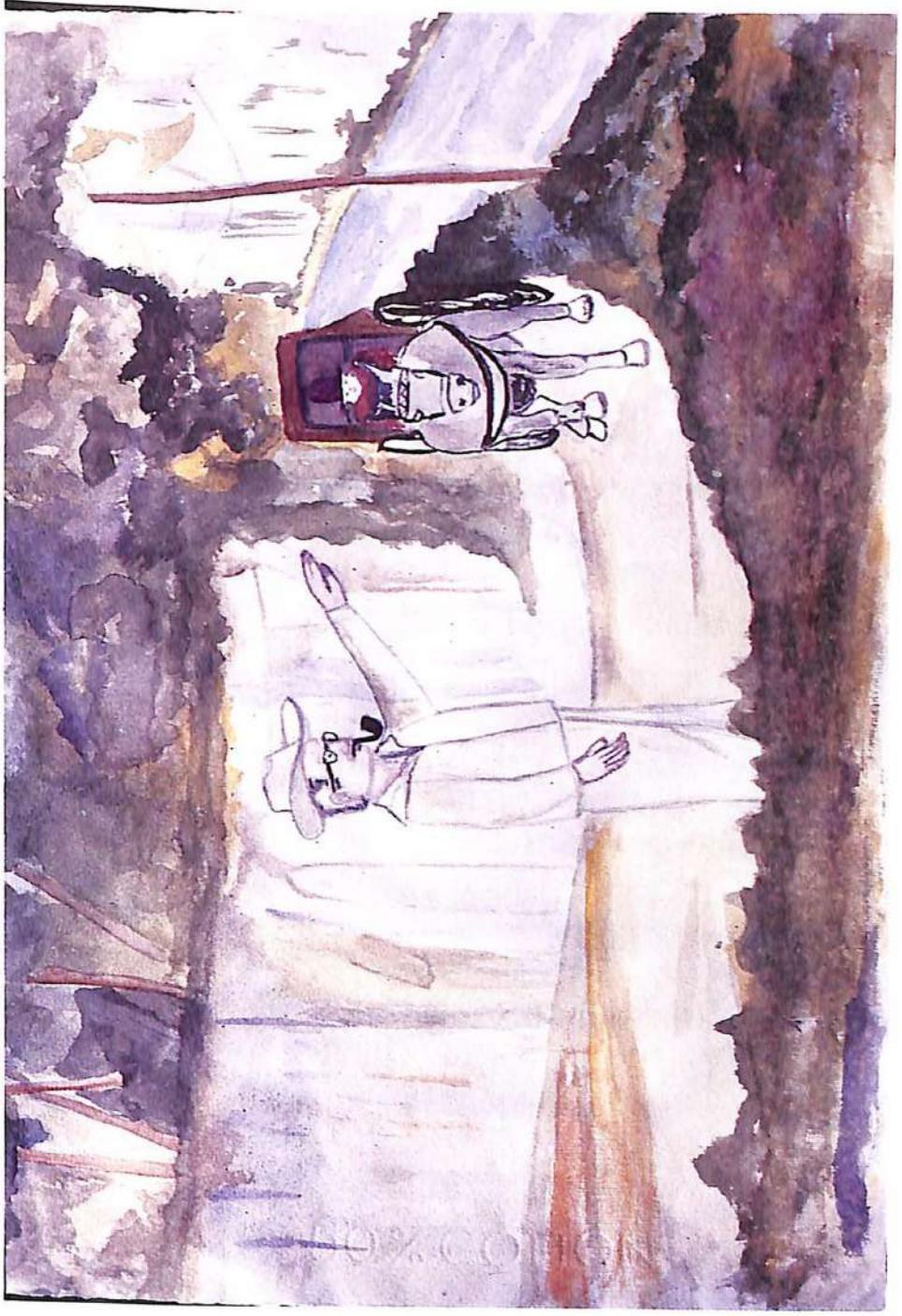
Ti kereme sutalel ta Tapachula, ay slok'es tal tak'in ta vanko, jun yo'onton talel, ech' stuch' li uk'ume. Li jSemet Pixole te ta xik'il, lek tz'akiem xchi'uk sk'u', ta sakil vexil, ta sakil kotonil ta pixolal sjunul mol jPelix yilel skatz'oj skachimpa ta nenal satil. Ti kerem Pererikoe, te paj yal ta skareta.

—¡Uuurrk! ¡Uuurrk! ¡Buuush! ¡Buuush!—, fueron los últimos suspiros de la danta de El Sombrerón.

—¡Ni modo, ya murió mi caballo! Al pobre hombre no puedo culparlo, es inocente, lo voy a perdonar. A quien no voy a perdonar es al dueño de la finca. A ver, ¿cómo me voy a vengar del viejo alemán? Ya sé. Voy a pescar a su hijo por el camino, es al que quiero. Voy a imitar a su papá para engañar al joven alemán. "¡Paguen lo que deben!", pensó.

Así, El Sombrerón se disfrazó mágicamente idéntico a como se vestía el viejo alemán, para engañar al hijo. Se fue a parar en la cañada, en el camino por donde sabía que cada jueves el joven pasaba en un carruaje. Iba a traer dinero de Tapachula y regresaba. Allí lo esperó.

El joven venía de Tapachula, había sacado dinero del banco. Iba muy contento, pasando el río. El Sombrerón ya estaba listo, bien vestido, pantalón y camisa blancos y sombrero como el del viejo Felix. Fumaba pipa y usaba lentes. El joven Federico se detuvo y bajó de su carruaje.



—¡K'uxi, nich'on, Pereriko! ¿Mi la vich' talel sbiik li j-abteletike? ¿Tzako tal jk'el? Ta jnit venta mi xlok' o xchi'uk stojol li abteltike.

—Aa, lek oy tot. Li' kich'oje.

—¡Aa! Lek oy, nich'on. Li kaj abteltik ta muk'ta nae ta xtalik ta jlikel stamik li ikatzile.

—Jechuk, tot... Pere, pere sk'an me buch'u xtal xcha'bi li tak'in une.

—Mo'oj nich'on, li tak'ine mu xch'ay, chotlan.

—Kolaval, tot.

—Ja' to ta jlikel o k'ataj pas ta jSemet pixol te lik tze'inuk. Ti kerem jPererikoe te alub ta xi'el, k'ajom smelol xka'itik xk'opoj.

—¡Ja, ja, ja! Venó, Pereriko li'ot xa ta jk'obe, vo'ot chtal a tojbe yil ma' la tote. Tzako alapis, tz'ibaoel ta vun slajeb ak'op yu'un atot ame', li vo'ote yu'un la tal o jchi'in jbatik, li' ta yut banamile.

—¡Hola, hijito, Federico! ¿Trajiste la nómina? Me permites verla? Es para saber si ajustan los gastos y la paga a los trabajadores.

—Sí, papá. Aquí la traigo.

—¡Ah! Muy bien, hijito. Los administradores vendrán en un segundo a recoger el bulto.

—Sí, papá... Pero, pero ¿se necesita alguien que cuide el dinero!

—No, hijito, del dinero no se pierde nada, siéntate.

—Gracias, papá.

En un instante se transformó El Sombrerón y se puso a reir. El joven Federico de la sorpresa y el miedo apenas podía hablar.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ahora, Federico, ya estás en mi mano, tú desquitas lo que debía tu papá. Toma tu pluma, escribe tu último mensaje a tus padres, aquí te vienes para siempre conmigo, al inframundo.



—¡Mujk'an! ¡Mujk'an! sinyor jSemet Pixol. ¡Koltaun lok'el!
ta xi bat kalbe jtote, ja' lek ta jtoj kutik ta tak'in li yil li jtote,
mujk'an xi tal jchi'not li'e. Te xtobej k'uxi xu' xjativ, ta ox
xak' persa x-anilaj pere mi ja'uk, te xa lapal.

—Mi mu xa k'an xa tzakbun li jlapise ta me xa jyip ech'el
ta skoral bu oy li epal mokochetike.

—¡Mo'oj! ¡Mo'oj, cha'e!, mu xa jipun, sinyor.

—¡Tzako cha'e!

Li jPererikoe te lik stz'iba ech'el ta vun slo'il, te x-ok'olet
mu'yuk xa xchi'uk xch'ulel:

“¡Tot, mu yora li ch'ay satij yu'un li mu jSemet Pixole, vo'ot
la me ti kaloje! Li'e mu xa yoriluk xi lok' talel, yu'un vo'on
tal jtoj ti k'u yepal li kiltike. Li bat o ta me un tot, me'.
Muk'bu chamemun. Ja' no'ox cha jk'anbike xtal avak'bikun
jnichimal xchi'uk jun jkurusal li' ta ti' ch'en li yo' bu k'al
uk'ume. Te ak'o yich' slo'ilik li kaj abteltik li' ta pinkae. Ta
xi bat tot, me'. Pereriko Jasseman.”

—¡No! ¡No! señor Sombrerón. ¡Suéltame!, voy a decir a mi papá
que mejor pagamos en efectivo lo que debemos, no quiero
estar aquí contigo y tampoco quiero acompañarte. Buscaba como
zafarse, deseaba fuerza para correr pero no podía, estaba clavado.

—Si no quieres aceptar mi pluma te voy a tirar donde están
las víboras en el corral.

—¡No!, ¡no me tires!, acepto, señor.

—¡Toma pues!

El joven Federico se puso a escribir su mensaje, llorando y
lleno de pena:

“¡Papá, te confundí con el condenado Sombrerón, pensé que
eras tú! Ahora es imposible que regrese, pues tengo que pagar
lo que debemos. Adiós para siempre papá y mamá. No me
siento muerto. Sólo les pido flores y una cruz frente al paredón
que se encuentra en la cañada. Para que se enteren y platiquen
a los trabajadores de la finca. Adiós... papá, adiós... mamá.
Federico Hasseman.”

—¿Mi meltzaj xa kerem?

—Laj xa, sinyor —xi xa no'ox ta xi'el ti kerem yajval pinkae.

—Veno, lok' ak'u', la vune te ta jtik'be ta svorxail akoton, vo'on chba kak' ta ti' ch'en. Li vo'ote muk'bu cha totz.

—Veno, li' oy un cha'e.

K'alal laj yak' svun ti kereme te lik svurbe ok'el. Li jSemet Pixole stik'be ech'el ta svorxail skoton li svune bat yakbe komel ti bu chale. Muk'bu masjalik ja'o te tal li yaj martomaik ta pinkae, ja' te ech' tal ti bu oy palta une, ja' to yil te kotal li ska' ajvalil xchi'uk li skareta ta ti' ch'en yo' bu ch—ech' li uk'um ta k'al ch'ene, ja' to la chil te la votzol ta lumtik jlik kotonil ja' la skoton snich'on li mol j—alimane.

Ti martomae te tik'il sta jlik vun ta svorxail kotonil, slok'es te sk'el solel te jach'buj ye. Mu a'yibaj k'usi ta spas li k'usi yich' nuptanele, solel la ja' smak ech'el li ka' xchi'uk li tak'ine, bat la ta anil yal ti mantal ta muk'ta nae, ti bu ta x—abtejik ti ajvaliletike, ti jplaneyeroetike. K'ot yal ti mantal ti k'usi snuptan chopol ti povre kerem jPereriko te ta k'al ch'en une:

—¿Ya está listo, muchacho?

—Sí, ya terminé, señor—, respondió con miedo el joven finquero.

—Bueno, quítate tu camisa para guardar el mensaje y dejarlo en la puerta de la cueva. Y tú, no te muevas.

—Aquí está.

El muchacho empezó a llorar silenciosamente, a mares. El Sombrerón dejó la camisa con el mensaje.

No transcurrió mucho tiempo hasta que el mayordomo de la finca pasara por el lugar; se extrañó al mirar parado el carruaje del patrón frente al paredón donde pasaba el río y tirada en el suelo la camisa del hijo del viejo alemán.

El mayordomo encontró en el bolsillo un papel, lo leyó y se quedó boquiabierto. No sabía qué hacer con ese inmortal, pero se encargó de llevar el carruaje con el bulto de dinero y luego de informar a la casa grande, donde trabajaban los administradores y planilleros, y anunció lo malo sucedido al joven Federico en la cañada.

—¡Ya k'elavilik, viniketik! ¡Li' me kich'oj tal jlik vun une yu'un me sk'an ta ora xa takbik mantal li mol jPelix une, pere yu'un ta ora tajmek un! Li snich'one tzake xa me ta jSemet Pixol. Yu'un ja' jech xal li svun te jtabee.

—¡Mu jch'un...!

—¡Melel!

—¿Tzake ta jSemet pixol?, ¡chlik achuvaj kavron!

—¡Melel! Mi mu xa ch'unbikune, li' kich'oj be tal jlik svune. K'elavilik, li' oy stz'ibaoje, li stz'ibe ja' stz'ib snich'on li mol jPelix une. Abolajanik, takik ta ik'el ta aniil.

—¿Mu'nuk me vo'otokot la mil jna' un?

—¡Mo'kun, xiyox, ana ch'unbikuk un, yu'un ta melel!

—Veno, ta me xkalbe ya'i li mol Pelis une cha'e.

Ti j-abatele stzak xch'ojon tak'in yalbe ti ajvalil k'alal ta sna tuk une.

—Veno... mi te oyot, mol Pelis, li' li yalbe li martomae, ti jSemet Pixol lae laj la me stzak ech'el te ta k'al uk'umaltik!... ¡Ja' ta kerem Jpererikoe! Lek to jlikel li yalbe li martomae... ja', ja'...

—¡Miren, señores! ¡Aquí traigo una mala noticia que urge comunicar a don Félix lo más pronto posible! Su hijo fue atrapado por El Sombrerón, según dice en este aviso.

—¡Cómo...!

—¡Sí!

—¿Atrapado por El Sombrerón? ¡Estás loco!

—¡De veras! Si no me lo creen, aquí traigo el aviso. Miren, aquí está escrito, la letra es del hijo de don Félix. Por favor, comuníqueno de inmediato.

—¿No será que tú lo mataste?

—¡No, por Dios, háganme caso, todo es real!

—Bueno, lo comunico con don Félix.

El administrador intentó llamar por teléfono al patrón, a la casa privada.

—Bueno... don Félix, buenas tardes, según nos dijo el mayordomo, El Sombrerón atrapó a su hijo Federico, allá por la cañada!... ¡Sí, a su hijo Federico! Hace rato me informó el mayordomo... sí, sí... ¡No! No sé a qué hora sucedió, pero

¡Mu jna! Na'tik jayib ora tzake un, pere naxto la un. Li tak'ine, li' oy stekele. Venó, aaa... Li' oye... Jechuk un cha'e...Veno. Cha jmalatkutik.

—¿K'uxi ti mol Pelise?

—Ta la xtal ta anil.

K'alal k'ot li mol Pelise, jlikel sjak' k'u yelanil bat un:

—Veno, mol Pancho. Alo ka'tik k'usi spas ti jnich'on jPererikoe. Tzaka xilaik chotlanik ka'tik un. Ti mol j-alimane slok'es skachimpa ta svorxa xchi'uk jun vor-xa smoy yich'oj talel ta slumal, te nakatzaj snojes ta skachimpa te xchikin cha'i li k'ope laj lik stijanbe sk'ak'al.

—Mu k'usi, ajvalil. Ti martomae va' xi likel, ta xi', yak' ta ilel ta sk'ob ti k'u yekanil sta li kareta ka'e.

—Te kotal la jta ta ti' ch'en, li yo' bu ta k'al uk'umaltike, te votzol ta lumtik li skotone ba jtam te tz'ibabil komel mantal pere nakat-at-onton xak'.

K'elavil li' oy li vune—, xi ti martomae.

fue hoy. El dinero está aquí, todo. Bueno, sí... Aquí está... De acuerdo... Bueno. Lo esperamos.

—¿Qué dijo don Félix?

—Viene para acá.

Cuando don Félix llegó, lo primero que hizo fue preguntar:

—A ver, don Pancho, dígame lo que pasó a mi hijo Federico. Siéntese por favor. El viejo alemán sacó su pipa y una bolsita de tabaco que traía desde su tierra natal, la llenó poco a poco conforme escuchaba la noticia y la encendió.

—Pos sí, patrón. Pero el mayordomo no pudo permanecer sentado, nervioso, se levantó señalando con el dedo y diciendo cómo encontró el carruaje.

—Lo encontré parado frente a ese paredón, allá por las cañadas, tirada en el suelo estaba su camisa donde encontré escrito ese mensaje tan triste. Aquí está—, dijo el mayordomo.

—Ixtal kik. Ti mol ajvalile te pitk'uj ta ye li skachimpae, smatz' xa likel ye, solel tzajub li sbek' sate, te lik spoch ta majel sba smexa te lik va'iuk.

—Veno, mu xa k'u xkutik. Ta jpajes li abtele yu'un chijbat kak'betik snichim li jnich'on jPererikoe—, xi xa un. Te yok'ita sba ta sat yajval sna.

—Kaporal, kaporal abolajan ba albo ya'i ti j-abteletik ta kajvelaltike yu'un ta xpaj abtel—, xut ech'el ti yaj kaporale. Eno ja' ti k'uxa chie ajvalil. Li kaporale, bat xchi'uk xulub svakax, k'ot yok'esan ta sba stzelej. Ti j-abteletike xmuyubajik xa la x-avlajetik ono'ox, naka to la o'lol jtotik, li krisanoetike jun la yo'ontonik, ja' ti sob to la ta skuxike.

Ti mol Pelise spajes no'ox la xtok li j-abteletik ta muk'ta nae. Yu'un la, tzobolik xchap srasonik. Yal la skomon k'opik bat sk'elik ta k'al uk'umaltik ti bu ch'ay li kerem jPererikoe. Yich'ik la ech'el nichimetik xchi'uk la jun kurus ba xchotanik ta ti' ch'en. K'alal tana li ch'ene ja' xalbik xk'en Jpereriko.

—Dámelo. Al patrón se le cayó la pipa, apretó las mandíbulas, sus ojos enrojecieron, crispó los puños, golpeó la mesa y se levantó.

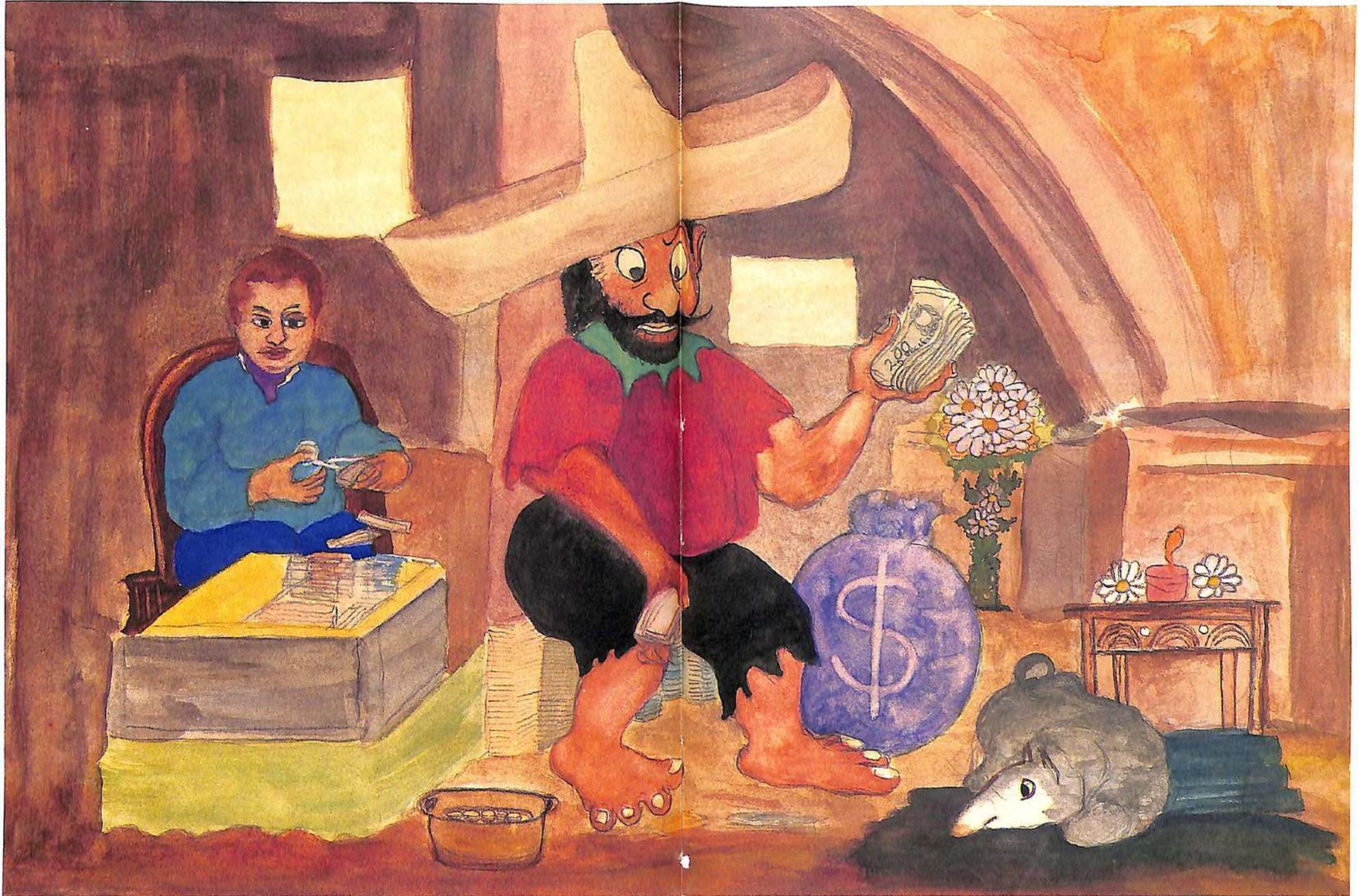
—Pues no va a haber otro remedio. Voy a suspender las labores, tenemos que ir a llevar las flores para mi hijo Federico—, exclamó, llorando ante su esposa.

—Caporal, caporal, por favor vaya a avisarle a los trabajadores del campo que vamos a suspender los labores—, ordenó.

—¡Como usted, diga patrón. El caporal, con un cacho de toro, avisó desde la más alta cima. Los trabajadores gritaron de alegría, eran como las doce del día, la gente estaba muy contenta por descansar temprano.

Don Félix suspendió las labores administrativas. Así, juntamente discutieron con el patrón. Decidieron ir a ver las cañadas donde se había perdido el joven Federico. Llevaron flores y una cruz para el altar frente al paredón. Hasta la fecha esa caverna se conoce como La Cueva de Federico.





GLOSARIO

ARRIERAS. Hormigas que, usando sus patas a guisa de compás, cortan con sus mandíbulas trozos circulares de las hojas de árboles seleccionados por ellas mismas, los transportan en largas hileras a sus hormigueros donde masticados y mezclados con su saliva forman una composta en la que siembran hongos de los que obtienen unas puntas globosas con que se alimentan adultos y larvas. Los hormigueros pueden ser enormes. Es posible que el autor llame arrieras a las hormigas carnívoras que avanzan en gruesas hileras en busca de alimento. También se las conoce como zompopos.

CABEZA DE CAMARÓN. Planta (no identificada) cuyas floraciones espinosas semejan cabezas de camarón y de esto su nombre.

CACHO. Se trata de un instrumento de viento fabricado con un cuerno de toro ahuecado y en cuyo extremo ahusado se practica una boquilla por donde se sopla. También se llama así al cuerno de cualquier otro animal usado con el mismo fin.

CALDERA. Se llama así a una lata de aceite para automotor a la que se adosa una agarradera de lámina, su capacidad suele ser de un litro.

CAPORAL. Autoridad de las fincas que vigilaba el trabajo, perseguía y capturaba a los prófugos y aplicaba los castigos. La voz proviene del latín *caput*, "cabeza", y se aplica a quien encabeza o funge como tal en las estancias ganaderas.

CHAQUISTES. Pequeñísimos mosquitos de picadura muy molesta que en algunas regiones se conocen como jején.

EL CABELLO LARGO, EL TRITURADOR. *Jualpat ok, jvalopat ok o J-abb*. Según la tradición era un ser bípedo de andar erguido, con apariencia humanoide, bestial, corpulento, de estatura cercana a la humana promedio, carnívoro, aullador, rugiente, de pelambre espeso y largo que atacaba al hombre sin miramientos y roía los huesos con gran ruido. El sufijo *ok* remite a pie. Para conocer una versión del relato tradicional puede verse: Pérez López, Enrique. "J-abb", en *Muk'ulil San Juan. Cuentos y cantos de Chamula*, 1a. ed., edición bilingüe tzotzil-español, Centro de Investigaciones Humanísticas y del Estado de Chiapas, Universidad Nacional Autónoma de México (CIHMECH-UNAM), Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH), Chiapas, México, pp. 69-72.

EL NEGRITO. Así se designaba a los esclavos negros evadidos de las fincas y que hacían su vida en los lugares de difícil acceso en la sierra. De estos negros cimarrones se dice que robaban mujeres y comida de las comunidades cercanas a sus moradas. Para conocer algo más de la tradición puede verse: Gómez Gómez, Antonio. *El Negro Cimarrón. Ya'Yejal J-Ik'al*, traducción del tzotzil por Antonio Gómez Gómez, 1a. ed., Tradición oral y narrativa indígenas 2, Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste, Universidad Nacional Autónoma de México (PROIMMSE-UNAM), 2000, Chiapas, México.

ENGANCHAR. El uso de este verbo señala con precisión la naturaleza del trato entre el chamula y don Ramón: un engaño formalizado a través de un pago por adelantado con el fin de endeudar al desdichado y forzarlo a cumplir un contrato, con todas las garantías a favor del embaucador y ninguna para él, y en el que intervenía un aval del enganchado para garantizar que alguien pagaría el adelanto o trabajaría en su lugar en caso de incumplimiento (también se servían de esto para forzar al cumplimiento). El enganche era realizado con base en un entramado psicológico estructurado culturalmente y reforzado por lo legal. Cuando el infeliz trataba de cumplir entraba en juego la contabilización rapaz de todo lo fiado en la tienda de raya y que hacía impagable la deuda.

GATERO (A). Mozo o moza que se dedicaba sólo a la atención de los finqueros, de cocinas y habitaciones y que estaba libre, mientras tanto, del duro trabajo en beneficios, campos y monterías.

JOBEL. Es un sobrenombre de Ciudad Real, antiguo nombre de San Cristóbal de Las Casas y que aún se aplica. Proviene del tzotzil *job, jobel*, "zacate pajón", y por traslación se aplica a campo o pradera. A esto se debe que en crónicas y documentos también se le nombre como San Cristóbal de los Llanos.

MATAPALO. Se da este nombre a varias especies del género *ficus* (Moráceas). Crecen como epífitas sobre grandes árboles, echan sus raíces hacia abajo y cuando llegan al suelo lentamente envuelven al árbol sostén hasta ahogarlo. En el territorio selvático chiapaneco pueden encontrarse varias especies.

MAYORDOMO. En este texto no se trata de quien detenta el cargo religioso conocido como mayordomía sino de una autoridad que vigila el trabajo.

MOY. En realidad se trata del pilico dentro de su recipiente, un pequeño pumpo (calabazo) del que se han extraído las semillas y con el que se goza de protección. Todo el conjunto se nombra como moy, de aquí que el chamula de nuestro relato no aclare dónde obtuvo o cómo preparó el pilico que arroja a El Sombrerón y que en el texto tzotzil no aparezca pilico. El chamula de nuestro relato debió estar siempre acompañado por el moy, algo tan natural que sus paisanos (y no pocos ahora) se hubieran sorprendido mucho si alguno de ellos emprendiera un viaje sin el divino pilico.

MOYOTE. Afección producida por *Dermatobia hominis*, mosca conocida como colmoyote y que produce miasis: crecimiento de larvas bajo la piel de huevecillos que la mosca introdujo a través de heridas o úlceras y raramente por la piel intacta.

PLATOJO. Expresión coloquial guatemalteca para referirse a muchacho.

PILICO. Es una mezcla de tabaco silvestre (*Nicotiana tabacum*), cal, ceniza, ajo y limón que se utiliza —fumado, arrojado o aspirado— ritualmente como protección

contra el mal y en la curación de sus efectos. Para su preparación el tabaco que se usa debe estar seco —y sólo debe usarse el de sexo masculino cuyas floraciones son blancas— hasta un punto tal en que conserve su color verde (su apariencia es como la del orégano que se usa en la mesa), la cal debe ser de mina y sólo se utiliza la finísima ceniza obtenida de la superficie de los leños quemados. Actualmente se consume también como “vicio” (localismo) aspirado como rapé. Para que sea efectivo como protección debe obtenerse obsequiado y estar preparado por alguien autorizado por los iloles, rezadores o curanderos. Algunos grupos mayances de Guatemala también lo mastican.

Variantes en la fórmula y preparación del pilico pueden conocerse en autores como Prudencio Moscoso y Enrique Pérez López.

El chamula no quería dañar a El Sombrerón o a la danta pero si alejarlo de sí. Puede observarse que el pilico sí funcionó, pero con albedrío. Acerca de estos resultados independientes de la voluntad de quien desea, pero que finalmente la satisfacen, puede verse un cuento, *El diablo de la botella* de Roberto Luis Stevenson.

PLANILLERO. Personas que en las fincas se encargaban de anotar en planillas, de ahí su nombre, las tareas encomendadas a los hombres o cuadrillas y las deudas.

POZOL. El maíz se hierva sin cal hasta que reviente, después de molido con él se hacen bolas que se conservan en hojas verdes, por ejemplo las del plátano. Puede conservarse hasta por tres días. Para beberlo se deshace en agua y con la mano. Es muy alimenticio. En Chiapa de Corzo existe un dicho que dice que quien beba pozol no se irá de Chiapas o regresará sin remedio.

SOCONUSCO. Pueblo antiguo de la costa del Pacífico ya desaparecido. *Shokonochko*, “lugar de jonocostles”; del nahua *shokoschtli*, “joconostle “o” tuna agria” (*Lemai-reocereus stailatus*); y *ko*, lugar. También se conoce con ese nombre la región de la costa del Pacífico de Chiapas.

SURCO. En este relato indica no sólo dónde se siembran y crecen los cafetos, sino, también, las actividades en él (limpieza o barbecho, poda, deshije, pizca, etcétera) según la estación y grado de crecimiento de las plantas.

TAKIT BEKET. Carne seca.

TAPACULO. Según la creencia se trata de una especie de lombriz larga y gruesa, corta, de color café y formada de anillos escamosos que permiten se enganche en los tejidos, en especial en el recto. Según la creencia el bicho se introduce por el ano durante la defecación a ras del suelo, obstruyéndolo y provocando molestias y deterioro de la salud del afectado que pueden terminar con su vida. La creencia prescribe leche bronca (sin hervir) y tibia para desalojar al intruso. No fue posible identificarlo. También se la conoce con el nombre de tepalcua.

En la región de Tapachula se conoce con el mismo nombre al pequeño fruto espinoso, redondo y dulce (de sabor parecido al del cacahuate) del cahulote o cuahulote (*Guazuma tomentosa*) con los que secos se prepara una infusión astringente del aparato digestivo, como consecuencia las heces de quien la bebe son duras y de difícil evacuación, por esto se usa como remedio para las diarreas.

TECOMATE. *Lagenaria leucantha*. Esta cucurbitácea originaria de América es rastrera y produce un fruto con forma de reloj de arena del que se extraen las semillas para usarlo como cantimplora, los muy pequeños sirven en los Altos como recipientes para el pilico. La pulpa es de olor y sabor desagradables por lo que no son comestibles.

VÍBORAS. Según la tradición que rodea a El Sombrerón las víboras están en un corral pues son las “gallinas” de las que los *anjeles* (*sic.*) se alimentan.

XAWASTLE. Hay varios árboles selváticos de los cuales nuestro personaje pudo obtener una madera tan dura como la que deseaba pero al mismo tiempo trabajable, por ejemplo, del volador (*Terminalia amazonia*), de madera moderadamente dura y pesada, bien pulimentable y durable. Este árbol se emplea actualmente como sombra para los cafetos y abunda en el Soconusco.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ DEL TORO, MIGUEL, EDUARDO PALACIOS ESPINOZA *ET AL.*

- 1974 *Chiapas y su biodiversidad*, fotografías de Aarón Ramírez *et al.*, 1a. ed., col., Chiapas eterno, Gobierno del Estado de Chiapas, Chiapas, México, 152 pp.

ARTIGAS LATAPI, JUAN

- 1991 *La arquitectura de San Cristóbal de Las Casas*, 1a. ed., Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Gobierno del Estado de Chiapas, México, 150 p.

BECERRA VILA, MARCOS ENRIQUE (RECOP.)

- 1985 *Nombres geográficos indígenas del estado de Chiapas*, 3a. ed., Instituto Nacional Indigenista (INI), México, 393 p.

MARTÍNEZ, MAXIMINO

- 1994 *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*, 1a. ed., 1979, 3a. reimp., 1994, Fondo de Cultura Económica (FCE), México, 1 247 p.

MIRANDA GONZÁLEZ, FAUSTINO A.

- 1998 *La vegetación de Chiapas*, 3a. ed., correg. y actualizada, col. Cie y Geografía, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes Chiapas, México, 595 p.

MOSCOSO PASTRANA, PRUDENCIO

- 1991 *Las cabezas rodantes del mal. Brujería y nahualismo en los Altos de Chiapas*, 2a. ed., Gobierno del Estado de Chiapas, Consejo Estatal para el Fomento a la Investigación y Difusión de la Cultura, Chiapas, México, pp 198.

PÉREZ LÓPEZ, ENRIQUE

- 1995 *Muk'ulil San Juan. Cuentos y cantos de Chamula*, 1a. ed., bilingüe tzotzil-español, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Humanísticas y del Estado de Chiapas (CIHMECH-UNAM), Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH), Chiapas, México, 141 p.

ROBLES GIL, PATRICIO (DIR.)

- 1996 *Diversidad de fauna mexicana*, fotografías de Patricio Robles Gil *et al.*, 2a. ed., CEMEX (Cementos de México), impreso en Singapur, 192 p.

El Sombrerón

jSemet Pixol

Editado por el Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste, se terminó de imprimir en agosto de 2000, en ENACH, Impresión de Libros y Revistas, Bertha núm. 198, Col. Nativitas, C. P. 03500, México, D. F. La composición en tipo Palatino 11/17 y 15/18, se hizo en el PROIMMSE por María del Carmen Aguilera González y José Urióstegui. El tiraje fue de 1 000 ejemplares, en papel couché mate de 135 gr más sobrantes para reposición. La edición estuvo al cuidado de José Urióstegui.

En esta versión de un relato tradicional chamula,
Mariano López Calixto Méndez presenta algunos de los rasgos
esenciales con que la tradición dibuja a El Sombrerón o al que usa
sombbrero en forma de comal. Personaje mágico y complejo, dueño de
esta tierra y de la otra: el inframundo. A ese lugar lleva al hijo del alemán
porque éste no cumplió la palabra empeñada; no se menciona su muerte,
así que, dentro de esta ambigüedad voluntaria debemos suponer que
El Sombrerón está aquí, entre nosotros y el lugar de los muertos y
que domina el tránsito entre uno y otro. Este relato es un rico
conjunto de aspectos etnográficos, culturales y de la tradición
oral del pueblo chamula, y es, en esencia, lo que hace
mucho contaron a Mariano.

ISBN 968-36-8155-7



9

789683

681553